

MI PLAYA

(Diario romántico)

BALTASAR CHAMPSAUR SICILIA

MI PLAYA



LAS PALMAS
—
Imprenta Miranda
PERDOMO, 10
—
1929

MI PLAYA

(Diario romántico)

I

YA estamos instalados. Ya estamos solos. Ya estamos libres. Se hinchan de aire mis pulmones. Parece que resucito. Sobre una colina está nuestra casa, la casa que fué de mis padres, la casa de mi niñez, risueña, rodeada de hermosas perspectivas. Abajo, el mar, el inmenso mar azul, con sus encajes de espuma en la ondulada playa y su vapo-

rosa lejanía en el horizonte. A nuestra espalda, el monte cubierto de pinos, de higueras y de almendros. Tenemos una espléndida araucaria en la plazoleta, junto a la entrada. Y por todas partes en nuestro dilatado jardín, claveles, rosas, camelias, hortensias, dalias, crisantemos, sobre el fondo verde, fresco, y siempre mimado por manos juveniles. Se mezcla el perfume del campo con el olor salobre del mar, que dejan en el pecho una suavidad dulce, acariciadora.

La casa es espaciosa, blanca, con persianas azules y una terraza frente al mar, con su toldo de lona listado de azul, agitado siempre por el viento. Ningún lujo; pocos muebles, muchos libros, y todo limpio como la plata. Y ya que no hemos podido adquirir buenos cuadros, tenemos excelentes grabados de varias gran-

des obras de arte, recreo de nuestros ojos y de nuestro espíritu. Y un piano en el que Leda y yo mismo procuramos deleitarnos con las espléndidas creaciones de los mejores artistas, en esas horas de paz y de vagas emociones. El cielo, el mar y el campo la invaden por todas partes, la inundan, llenándola de alegrías, de rumores y de perfumes, como si quisieran abrirla a todas las palpitaciones de la vida universal.

Es la casa de mis ensueños, regocijada, acariciadora, viva, que nos mira y nos habla en la más profunda intimidad. En la terraza, bajo el amplio toldo que la cubre durante la estación calurosa, la siento a mi lado con el calor de una vida consagrada a mi destino para siempre. Tiene un alma, sin duda, el alma de la mujer amada, para la que yo guardo en lo hondo de mi corazón la

esencia de todos mis pensamientos y hasta de todas mis esperanzas. Me la arrebataron allá en las ciudades de los hombres, y yo la traigo dentro de mí para que me dé vida y dé vida a la casa blanca y azul que nos ampara y nos sonríe. La luz que irradia el recuerdo doloroso de aquella mujer joven y bella, llena de un secreto encanto el mar, el campo, el cielo y esta casa que es para nosotros familia, niñez y juventud.

Leda, mi hermana, de diez y seis años apenas, con sus cabellos negros, su vestido claro y su regadera verde en la mano, va de planta en planta vertiendo los ruidosos hilos de agua sobre las hojas y las flores, ágil, esparciendo el encanto de su juventud naciente. Y canta regocijada con su voz de timbre delicioso mientras da vueltas por el jardín como una mariposa blanca. Ah! pero yo no

miro nunca sus grandes ojos negros y profundos sin inquietud. ¿Cual será su destino? ¿Qué gran dolor le aguarda en este azar punzante de la vida? ¿Acaso todos no caemos alguna vez en profundidades donde creemos perder toda esperanza? ¡Oh, este juego misterioso de la vida, siempre inquietante y amenazador! La niñez ida apenas comenzada; la juventud derrochada locamente en un instante; y cuando somos hombres, el andar monótono de las cosas sin destino, sin significación ni atractivo. Yo no puedo resignarme a este andar gris e insípido que impurifica y hasta anula toda iniciativa noble, toda idea elevada, toda norma ideal. Prefiero la inquietud, la convulsión, el insomnio, hasta el mismo dolor, a esa línea recta, insulsa, descolorida, de ese hacer seco de todas las horas del día. Pero la intran-

quilidad está siempre despierta en mí. ¡Ah, Leda, Leda, cuánto me inquieta el mirar de tus ojos negros y profundos!

Yo dejé la ciudad y el trato de los hombres por un hastío inmenso. Todo me parecía una eterna mascarada. Hasta los que llevan en la mente ideas hermosas son, en el oleaje monótono del cotidiano vivir, vulgares, mezquinos, ruines o envidiosos. Es preciso verdadero heroísmo para soportar a todas horas insulseces, intenciones venenosas, bur-las, carcajadas estúpidas, sonrisas en las que bailotea la envidia, o el oculto rencor, o el orgullo y el desprecio. Todas aquellas personas me parecían la misma persona cambiada de traje y en lugares diferentes. Las palabras de todos me parecían las palabras de uno mismo repetidas estúpidamente hasta el hastío. To-

das las noches en el café, lo mismo; en el teatro, lo mismo; en el paseo, lo mismo; en las visitas, lo mismo; en el campo, lo mismo. Llegaba a la paz y a la soledad de mi casa aturdido, hecho un caos el cerebro, sin ideas, sin visiones, sin esperanza de nada, como si hubiera rodado por un abismo. ¡Y esa era la vida, aquella vida que yo imaginé tan fuerte, tan elevada y tan trascendental!

Si, era preciso huir, huir lejos, donde todo fuera verdad, donde nadie envidiara ni aborreciera, ni fuera hipócrita ni adulator, ni degradado, ni vulgar. Porque el vuelo de una mariposa, la hoja seca que cae, la nube blanca que pasa, son inmensamente más grandes, más profundos, más verdad, que la palabra y las risas de tales gentes. ¡Oh, el hastío de aquellas horas plebeyas inacaba-

bles! Y yo guardaba mi dolor en lo más hondo, temerose de que lo mancharan aquellos labios sedientos de envenenar las almas para burlarse después. Ya estaba hastiado de estrechar manos de imbéciles, o de hipócritas, o de envidiosos, o de egoístas, o de aduladores, o de burlones, o de empalagosos, o de pedantes. Al verme libre de esas manos, respiro, como si me viera libre de una plaga de bichos venenosos. Me miro creyendo llevar aún alguna mancha encima. ¿Orgullo? No, no. Verdad, decoro, protesta, ansia muy honda de bondad, de tolerancia, de misericordia. Esto, nada más que esto. Esta paz y este silencio, este mar y este cielo, esos árboles y esas flores, evocan en mí ideas de cosas verdaderas y puras, sin gestos falsos ni intención perversa, rebosando sinceridad y hermosura. Todo me

habla un lenguaje verdad. Me siento vivir.

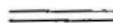
No, no serán ellos los que vengán a esta soledad para estrecharme la mano. ¡Están todos tan ocupados! Vendrían seguramente si tuviera yo un uniforme de ministro o de gobernador. Vendrían hasta los más austeros e hinchados, y vendrían jadeantes y sudorosos para llevarse en la mano una huella de ministro y mostrarla como prenda triunfal, envidia de los otros. ¿Pero yo, qué soy? ¿Qué valgo? ¿Qué represento? Un señor vulgar, que ni pincha ni corta, ni da que hablar. Uno de esos a quienes se les da pronto la mano para cortar la conversación, y a quienes a nadie se le ocurre tener deseo de acompañarlos. No, no vendrán, y esos son los que pierdo. Pero, en el fondo, ellos son los que realmente pierden, porque me pierden a

mí. Sí, a mí. ¿Por qué callar? Valgo más que todos ellos. Nunca pudieron adivinar el valor de mis pensamientos. ¡Pedantes! Y ahora oigo con delicia el rumor del mar y la voz juvenil de Leda, que riega sus flores y canta como una alondra. Ahora soy mío, todo mío. Rompo los grilletos, me levanto y ando.

Eramos ricos y ya no lo somos. Garras de gavilán fueron arrancándonos en la sombra, pedazo a pedazo, gran parte de nuestra riqueza. Yo presté poca atención a este despojo lento y astuto. Mi pobre madre firmaba y su hacienda se desvanecía. Me creyeron imbécil. Sí, lo fui, porque jamás pensé que aquel pariente mío fuera un bandolero. Pero llegamos a tiempo. Salvé lo bastante para poder ser independientes y disfrutar de una amplia holgura para mí y para Leda. El que nos

despojó vive con lujo. No se preocupa del origen de su riqueza. El oro tiene siempre el mismo valor. ¿Qué le importa que no le saludemos? Un saludo no vale nunca nada, sobre todo, de quien no ha sido jamás un personaje. Esas cosas no se cotizan. Sus manos están manchadas. Pero lo que no podía hacer el océano con las manos trágicas de Macbeth, lo hace fácilmente el oro con sus garras de gavián. Sus fiestas son ostentosas; sus viajes, de gran señor. ¡Oh, cómo le saludan desde lejos los adoradores del becerro de oro! ¡Cómo le estrechan la mano mis ex-amigos! Tren lujoso, carruaje de brioso tronco, castaño, con manchas blancas. En una ciudad pequeña como la nuestra es como un príncipe desterrado. Se dice que otros habían sido también despojados. Alter-

na con la aristocracia. Acaba de ser elegido diputado. Tiene una verdadera corte.



II

ESTA mañana, al amanecer, hemos bajado a la playa Leda y yo, y Zante, nuestro hermoso perro, zalamero y temible a la vez. Una claridad fría daba a todas las cosas ese aspecto encantador del despertar del día. Las casas, los árboles, los montes lejanos, el mar tranquilo, parecían conservar aún el ligero sopor del sueño desvanecido. Yo amo esta luz de la mañana, este primer albor del día, porque nos da la visión de un mundo recién creado, vírgen, lleno de prome-

s a s. Esperamos cosas nuevas, desconocidas, hermosas, algo como una alegría y una juventud eternas. Toda la vida de niño vuelve a nosotros. Nos molesta haber llegado a ser hombres, con este semblante serio y este pensar más serio aún. Quisiéramos hundir en la espuma nuestros pies desnudos y escribir nuestro nombre en la arena húmeda al lado de otro nombre querido, o hacer hoyos donde el agua penetrara en su avanzar plácido como una caricia. Yo sentí deseos de alcanzar en un vuelo la cima azul de los montes lejanos para volver con las gaviotas a la dilatada concha de la playa. La vida traspasa todos los horizontes.

¿Por qué tiene estos encantos la naturaleza? No lo sabemos a punto fijo. Quizás se lo prestamos nosotros con nuestros re-

cuerdos y nuestras ansias, con ese vago sentimiento de cosas imposibles y misteriosas y claridades de esencias desconocidas. No sé. Pero todo habla. El mar canta y se agita, la roca está húmeda y brilla, el monte lejano se viste de azul, las nubes son blancas y se transfiguran, la arena es blanda como el césped, la vela se hincha y corre, las ventanas se abren en las casas risueñas, un estremecimiento de vida pasa por todas las cosas y las confunde y las anima en el fondo de nuestra propia vida. La brisa llena el pulmón y lo dilata, y respiramos. Las formas y los colores inundan la pupila, y la dilatan, y respiramos también. Respiración vital la una, respiración espiritual la otra. El niño siente todo esto sin saberlo. Por eso es para él como un sueño.

Y Leda se descalza, y corre por

el agua fresca y acariciadora, siguiendo las curvas de las olas ya tendidas en la playa. Zante la sigue, y salta, y se le adelanta, y vuelve atrás, rebosando regocijo y felicidad. Los pies blancos de Leda agitan el agua con embriaguez. Yo haría lo mismo. De vez en cuando vuelve la cabeza y me sonrío, y torna a correr como un pájaro marino. Yo la sigo lentamente sonriendo también. Se aleja de mí y vuelve a mi lado corriendo. Para ella no existe más que el regocijo de la hora presente. Todo se hace por momentos más luminoso, y su mirada y su sonrisa también. Me parecía que la ola, la espuma, el cielo, la brisa salobre que nos acariciaba, se habían hecho vida en ella para deleitarse con su hermosura en el espejo de una conciencia. Ni una sombra, ni la más ligera impureza turbaba aquella alma ju-

venil. Recogíase el vestido y penetraba en el agua atrevidamente, o se inclinaba sobre la arena para coger conchas y algas frescas y olorosas, con ese perfume delicioso de las cosas marinas. Yo arrojaba piedras al mar, y Zante se lanzaba como una flecha, y nadaba, y se zambullía, y corría hacia mí chorreando con la piedra mojada en la boca. Luego, se paraba mirándome, en espera de que arrojase otra piedra más lejos aún. Yo hacía que la tiraba, y no la tiraba. Y él corría y volvía hacia mí chasqueado, pero puesto en guardia para otra vez.

Algo distantes de nosotros, dos jóvenes empujan una barca hacia el mar, y, poco después, se mece suavemente sobre las ondas. Izan la vela latina, que gualdrapea unos instantes, pero que luego se hincha y se dobléga al viento. Y

la barca se aleja rápida hacia la plena mar, airosa y ligera y dando pequeñas cabezadas. Leda se detiene y contempla la blanca vela que se aleja rápidamente. Yo me detengo y la miro también. Es un jirón de alegría que va a la fiesta del mar en el aún pálido amanecer. Más lejos, las gaviotas aletean y rozan las aguas como para besarlas al vuelo, y luego suben y avanzan largo trecho con las alas inmóviles, majestuosamente. Yo las he visto así, casi sobre mi cabeza, moviendo el pico a un lado y a otro, serenas y tranquilas, como seres extramundanos creados para contemplarnos desde la altura. ¿Serán las almas de nuestros muertos encarnadas en ellas para libertarse de los egoismos y de los odios de los hombres? En esto, al menos, su vida es superior a la nuestra.

Y emprendimos de nuevo la marcha. Pasaron a nuestro lado con paso rápido un hombre y una mujer con su cesta a la cabeza, llena de pescado, húmedo, brillante, como plata, y dando saltos todavía. En un momento se alejaron de nosotros con su carga viva y apetitosa. Iban a llevar a la mesa de los hambrientos el rico manjar que guarda en su seno el inmenso océano. Pasaron y dejaron en mí un dolor agudo, el sueño de un hogar desvanecido. No, ellos no habían llamado ni llamarían nunca a la puerta del mío, que no fué más que una esperanza rota por el destino. Ellos llamarán a otras puertas y escucharán voces femeninas, calor y vida de hogares risueños. Yo no tendré nunca más compañera que la soledad, y en la soledad un solo amor: Leda.

Cuando llegamos al extremo

de la playa, desde donde arranca el acantilado, el sol doraba ya la cumbre de los montes lejanos, y, poco después, los envolvía en una llamarada de luz. Todo empezaba a encenderse y vibrar con la viva luz que invadía el espacio. Un efluvio vírgen subía de la tierra al cielo como el perfume de un incensario: del mar, de las rocas, de los árboles, de los montes, de la playa y de las algas de grato olor salobre. Se encendía y vibraba también la vida. Todo lo que hay en ella de regocijo, de ilusión y de esperanza, se levantaba como una ola de alegría universal. Zante perseguía a Leda, y le saltaba a la espalda suavemente, temeroso de hacerle daño. Yo era algo en aquella armonía de las cosas. Mi conciencia era también una partícula de luz en el esplendor de todas las existencias. ¡Pero qué luz! Ella mis-

ma la produce! ¡Ella misma se contempla! ¡Ella misma sabe que es distinta de todo lo demás!

Leda se sienta sobre la borda de una barca inclinada, y mira al mar. Allí está la vela que torna de su paseo ligera y veloz. Borbotones de espuma brotan de su afilada proa. Casi hunde la borda en el agua, pues el viento sopla con fuerza e hincha la vela sin dejarle un pliegue. Es un ave marina que roza el mar para regocijarse. Viene hacia nosotros como una flecha. Llega casi hasta la orilla, y, de pronto, orza, trapea la vela hasta que se pone al viento, y se aleja de nuevo hacia el otro extremo de la playa. Juega como un niño, y se divierte sobre el mar, libre y ágil, como la nube blanca llevada por el viento.

Y volvimos a emprender nuestro paseo. Leda se pone a mi la-

do y me toma una mano. Se divierte colocando sus pies sobre las huellas que dejaron otros pies semejantes a los suyos. Casi están en línea recta. Cuando se equivoca vuelve atrás, y pisa la huella para no dejar ninguna libre de su pie. Unas jóvenes se bañan, con sus tocas de colores y sus trajes oscuros, gritando al verse envueltas por las olas. Un pequeñuelo en la orilla se resiste a entrar en el agua, y la mira sin moverse. Su cuerpo sonrosado se refleja en las aguas trémulas que acarician mimosamente sus pies. Le llaman riendo desde el mar, y él permanece inmóvil, con los ojos fijos en la espuma. Entrar en el mar da miedo como debiera dar miedo entrar en la vida. Es verdad que el mar seduce con el juego de sus ondas y el blanco puro de su espuma. Y la vida seduce también con el hechizo de

la juventud y la espuma de la ilusión. Pero siempre hay una sombra siniestra que nos acecha lo mismo en el mar que en la vida.

Pasamos Crecía la marea, y teníamos que huir de alguna ola más amplia que invadía la playa a mayor altura. ¡Y siempre así este incansable mar, indiferente a toda mirada, a toda alegría, a todo dolor! Nunca ha existido para él un solo mortal. Es el cantor de un mundo que está por encima de nosotros. Canta para algo infinito que se hunde en el misterio de las cosas. No nos conoce ni quiere conocernos. Lo mismo es para él este día que el de mil años atrás. Cientos de generaciones han pasado ya por esta playa. ¡Cuántos ojos no se habrán recreado en este mar! ¡Cuántos pies juveniles habrán jugado con sus ondas! ¡Cuántos amores habrán nacido al arrullo de su can-

tar eterno! ¡Todos desaparecidos, todos esqueletos roídos, polvo esparcido entre las piedras! Pero él está ahí siempre. Y para él no hay vivos ni muertos. Dejad en esa orilla un ramo de flores. Lo acariciará dulcemente. Dejad el cráneo de una mujer hermosa. Lo acariciará con la misma dulzura. Está con nosotros y está fuera de nosotros, por encima de nosotros. ¿Le entenderá alguien a él? Entenderá él a alguien? ¿Y cómo es posible vivir sin que nos entendamos todas las cosas universales? Es desesperante ser extraños siempre.

Llegamos, al fin, al otro extremo de la playa, al pie de la altura en donde se levanta nuestra casa. Nos detuvimos un instante. La vela, inclinada por el viento, se dirigía hacia nosotros, rápida y gallarda. La luz era ya intensa. Todo brillaba. Se acercaba la ve-

la por instantes. Al fin se detuvo en una orzada, y la vela comenzó a gualdrpear con violencia. De pronto, una ráfaga repentina y dura la cogió de lleno hacia una banda, y, sin dar tiempo para defenderse, la tendió sobre las aguas en un instante. Volcó la barca. Dos jóvenes cayeron al mar. Uno nadaba, pero el otro apenas podía sostenerse a pesar de sus desesperados esfuerzos. El nadador se dirigió a él velozmente para salvarlo. Se juntaron. Hubo una lucha rápida, angustiosa. Se hundían los dos irremediablemente. Fué cuestión de un segundo. En un instante me deshice de la americana, el chaleco y el calzado, y me lancé al mar a la carrera. Nadé con todo el esfuerzo de mis músculos. Por fortuna, no era grande la distancia. Llegué a tiempo. Cogí por un brazo al que no sabía nadar, logré colocarlo

sobre mi espalda, y no tardé mucho en dejarlo tendido en la arena. El otro llegó nadando poco después. Leda estaba pálida, inmóvil. No hubo necesidad de largos y complicados remedios. El joven pescador abrió los ojos y pudo sentarse. A su lado lo sostenía cariñosamente su compañero, joven de rostro varonil, de un rubio oscuro sus sedosos cabellos, de musculatura recia, firme y resuelto en sus ademanes y de expresión abierta y franca. Levantamos al pescador. Aunque vacilante, pudo tenerse en pie. Se llegó a mí sin decir palabra y me besó efusivamente la mano. Ví lágrimas en los ojos de Leda. Apoyó luego su brazo en el del joven que le acompañaba, nos saludamos emocionados y se alejaron lentamente, siendo objeto de las miradas de los que habían presenciado el fatal acontecimiento.

Unos pescadores en un bote se dirigían mar adentro para recoger la barca tendida con su vela en el mar.



III

EL recuerdo de aquella mañana quedó en mí impreso profundamente en el seno de aquel regocijado amanecer, un zarpazo de la muerte destruyó en mí toda la plenitud de sus encantos. ¡Oh, esa sombra siniestra que sigue y acecha a cada mortal aun en los más hermosos días de nuestra juventud! Yo ví sus tentáculos negros y fríos forcejeando por estrangular aquellas dos vidas recién abiertas; y, al retirarlos vencida, yo la ví colérica re-

torciéndose como un torbellino de tinieblas. Y cuando estuvimos en nuestra terraza, no aparté los ojos del mar, esperando ver sobre las ondas su lomo negro y viscoso estremecido de cólera. Y, sin poderlo evitar, extendí el puño hacia aquel punto en son de amenaza. Hay cosas que no podemos aceptar. Son una contradicción cruel y descarada. Parece que alguien se burla de nosotros. Hay motivos para cerrar el puño y amenazar.

Los días que siguieron fueron para nosotros de un malestar oculto. Leda no cantaba. Veíala yo algunas veces de pie en el borde de la terraza con los ojos fijos en el punto del mar donde los dos jóvenes lucharon un instante con la muerte. Su alma parecía vivir por entero aquellos minutos trágicos, y quedaba absorta e inmóvil, paralizada por la terrible vi-

sión. Su cariño hacia mí parecía haber aumentado, o, por lo menos, se hizo más expresivo. Hablando una vez de aquella punzante escena, me dijo con visible animación:—¿Verdad que fué valiente? Al principio no comprendí bien, puesto que yo lo había salvado. Pero de pronto tuve la visión del joven rubio nadando hacia el pescador y luchando desesperadamente por salvarlo.—Oh!, sí, sí, le contesté, valiente, lo que se llama valiente, como pocos, valiente. Si están solos, los dos perecen; pero él no lo suelta. Valiente, valiente. Y luego, satisfecha de esta firme afirmación mía, regaba sus plantas dando vueltas entre ellas como una mariposa.

¡Oh, egoísmo humano miserable! Yo creí haber sido el único valiente, el único, el único abnegado, el único héroe, el único digno de admiración. No pensaba

más que en mí mismo. Ante mi arrojo fácil y vulgar se había desvanecido el arrojo heroico y generoso de aquel joven que estuvo a punto de perder su vida por salvar a su compañero. El sintió, seguramente ese primer instante de la desesperanza y de la agonía en plena juventud. Y yo, egoísta, fátuo y endiosado, no tuve una palabra confortante para su abnegación y su heroísmo. Acepté el beso de aquellos labios trémulos de agradecimiento, como acepta una corona el hinchado triunfador. Y yo fui, además de hinchado, un triunfador falso, egoísta y vulgar. Las palabras de Leda fueron un reproche cariñoso que turbó mi espíritu por mucho tiempo. Ahora se hace la luz en mí, y he de empezar a ser bueno, todo lo bueno que yo pueda. Ahora empiezo a comprender que los equivocados y caídos son nues-

tros hermanos también. Solemos juzgar a los demás como si nosotros fuéramos el centro del mundo y la absoluta perfección. Lo quisiéramos todos para nosotros, todo lo grande, todo lo fuerte, todo lo deslumbrador. Gustamos de abrazar en público a un gran personaje, a un héroe, porque es posible que se nos confunda en el abrazo. ¡Oh, flaqueza miserable!

Y yo que he venido aquí a buscar la verdad, empiezo aceptando la mentira, el orgullo, la fatuidad. ¿De dónde vendrán estos impulsos innobles? Este yo nuestro es insaciable. El yo de los demás casi no existe; es sólo una sombra, una sospecha. Pasamos por encima de él indiferentes y hasta agresivos. Pero yo no he venido aquí para mentirme a mí mismo. No, ahora, en esta hora de silencio y de soledad, ha de surgir el verdadero hombre interior, y el

hombre interior verdadero es el que ha modelado la razón humana, el sentimiento-razón y todos los impulsos generosos del corazón. ¡Pero cuán difícil es este surgir del hombre ideal! Cuésta sangre despojarlo de los instintos perversos. En la naturaleza todo es verdad. Sólo en el fondo de nuestra alma vive la mentira. Es preciso estirparla como un tumor maligno. Me he desviado del camino. Es preciso volver a él. Hay que domar estas cosas negras, estos rugidos de la animalidad, nuestra progenitora. Ningún ser inteligente ha podido poner esta semilla venenosa en nuestros corazones. No queremos que brote, y brota. Quisiéramos estrujarla y muchas veces es ella la que nos estruja. Es una fatalidad. Estos instintos ruines, fueron, sin duda, útiles allá en los comienzos de la animalidad. Hoy se ocultan co-

mo una vergüenza; pero su zarpa arranca todavía el triunfo ajeno para apropiárselo y ufanarse con él.

Si todo esto lo escribiera para que otros lo leyeran, ya sé que a muchos cansarían estas continuas reflexiones sobre las vidas y las cosas. Pero como escribo para mí, sólo para mí, y no escribo ni cuentos ni novelas, sigo gustoso mis pensamientos y les doy rienda suelta, que algún día me servirán de gratos recuerdos si el hilo de la vida no se rompe. Y Leda se regocijará viendo casi todas sus huellas juveniles conservadas cariñosamente por mí. Esto me basta.

Aquí, lejos de los amigos y de los parientes, olvidado de todos como un ser insignificante muerto ya, quiero ser como yo pienso que el hombre debe ser, no por una dirección intelectual conti-

nua y fatigosa, sino por una espontaneidad natural, que sirva más bien de inclinación deseada que de coacción impuesta como mandato de repulsiva sequedad. Todo aquí es grande. Y de esta grandeza participa hasta la vida más diminuta. El peñasco que asoma allá en el mar y la flor que aquí se abre en el jardín de Leda se unen silenciosamente en el mismo misterio. Y el peñasco, y la flor, y Leda, y yo, vivimos una vida de alcance infinito. Estas puestas de sol de oro, de rojo y de esmeralda entre nubes fantásticas, convidan a la contemplación y al éxtasis; en el que nuestra conciencia se desvanece para fundirse en todo. Un amor, que es, en parte, amor humano, y, en parte, como amor divino, llena el espacio, semejante a un perfume. En ningún sitio estaremos mejor que aquí.

Tomábamos el café ante una mesa de mimbre en nuestra terraza bajo el toldo agitado y rumoroso. Allá lejos pasaba una vela. Una paz deliciosa nos envolvía. Zante estaba echado junto a mí dormitando. El café, bien cargado, sabroso, aromático, excitaba mi fantasía. Leda leía *Gloria* de Galdós y saboreaba de cuando en cuando el delicioso moka. Sobre la mesa había dejado yo las *Memorables* de Jenofonte. En estas horas de paz lo perdona uno todo, se perdona hasta a sí mismo. ¡Y a ella también, y a todas las horas! Pero ¿a qué recordarla? ¿Para qué volver a subir esta penosa cuesta de dolor? Y a pesar de todo, surgía en mí su imagen juvenil entre apresurados latidos de mi corazón. Era bella, alegre, seductora. Yo llegué a creer que aquella alegría y aquella seducción eran sólo pa-

ra mí. Y en los primeros meses para mí fueron solamente. Yo bebía a grandes sorbos aquel brillar intenso de sus ojos, aquel sonreír hechicero, aquella rebotante alegría suya, y ¿para qué no decirlo? aquella seductora coquetería, que era como una embriaguez de vida y de amor. En las tiendas, en los paseos, en el teatro, en las visitas, se oía siempre su voz y su risa como notas de cristal. Pero, al fin, llegué a comprender que aquel maravilloso encanto no era para mí. Era para sí misma y para todos, ¡para todos! Y llegó el día de la prueba. Apareció en su casa, como amigo de su hermano, un primer teniente de infantería, apuesto, varonil, perfumado, atrevido, dicharachero, con ínfulas de conquistador, de flamante uniforme y llevando con desenvoltura y gallardía su sable al cinto. Todo se oscureció para ella an-

te aquella deslumbradora visión militar. Yo no fuí desde entonces más que un prometido de conveniencia, enojoso y molesto. Toda su alma quedó prendida en aquel vistoso uniforme. No hay nada más seductor para unos ojos femeninos como los colores brillantes, los galones de oro, el brillo del acero, los mostachos levantados, un perfume suave en los cabellos, una mirada atrevida y una lengua más atrevida aun, en fin, el modelo completo del hombre vistoso y arrogante. ¡Ah, pobre Neli, como te engañaste! Tus ojos negros e inquietos, ojos de niño y de salvaje, se deslumbraron con manchas de colores vivos y el prestigio bárbaro del valor guerrero, ídolo sagrado de los pueblos primitivos. No fué la persona la que te sedujo, fué el avalorio, la apostura, el signo de la fuerza, el ensueño de un he-

roismo de novela, de aquellas novelas miserables que tú leías sedienta de emociones.

Y te perdí para siempre. Te vi alejarte cada vez más en el horizonte de mi vida hasta convertirte en un jirón impalpable a punto de desvanecerte. No quiero pensar en lo que sucedió después. Saliste sola de tu casa para ver a una amiga y ya no volviste más. Caíste como una imbécil arrastrada por los colorines de un traje ridículo. Y ya fué todo una cadena de cosas negras y terribles. ¡Oh, cómo me duele el corazón! ¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿Cómo vives? ¿Estás sola? ¿Se acuerdan de tí? ¿Estás enferma? ¿Estás abandonada? Y es seguro que el infame que te hundió, ya te ha olvidado, y vive alegre, buscando otra infeliz a quien sacrificar sin el menor escrúpulo de conciencia. Los conocemos. Están per-

fumados y tienen el corazón de risco. ¡Desgraciada la que reciba su mirada venenosa! Sólo yo te guardo en lo más hondo un puesto de amor, de piedad y de perdón. Porque yo te amo siempre, pobre engañada, víctima de las cosas brillantes y de las palabras sonoras. Sólo yo te puedo dar la mano para levantarte. ¡Y tú estás muy lejos, tal vez muerta! Los amigos se han reído de mí por causa tuya. Y yo me separé de los amigos. En esta paz dulce que nos rodea tú me acompañas y hasta haces sabroso mi profundo dolor.

En estas horas amargas la vida me da miedo. Me siento cogido, acorralado, sin más salida que la muerte. Un rápido torbellino de cosas engañosas, falsas, y luego ¡nada! ¿Para qué canta Leda en nuestro jardín? ¿Para qué abro yo las ventanas

al mar? ¿Para qué bebo este café
excitante y sabroso? ¿Para qué
contemplo y admiro? ¿Para qué
sondeo el misterio de las cosas?
Y yo que tengo llena el alma de
la paz de esta casa y de esa pla-
ya, y de ese mar, y de ese cielo,
y de toda esa luz regocijada, ¿qué
voy a hacer de todo eso si ella
no está aquí, a mi lado, alegrán-
dome el alma, y todo se ha de
hundir en la eterna noche de la
muerte? Ah! pero yo aguardo no
sé qué. Con un vuelco del cora-
zón veo de pronto una luz, una
claridad que me llena de emo-
ción, como si fuera nuncio de una
alegría que ha de venir. Y luego,
Leda me ata a la vida con sus
encantos juveniles, y, sobre to-
do, por su porvenir, del que he
de asegurar el mayor bienestar
económico y espiritual. Ella es
toda mi familia. Todos mis afa-
nes se concentran en ella. Qui-

siera evitarle el más pequeño dolor. Y nunca dejo de pensar en cuanto le interesa. Me he esmerado en su educación. Tiene una cultura general que sigue ampliándose gradualmente. Y lo más importante es que tiene gusto por ella; le interesan las cosas bellas; tiene curiosidad por las ciencias y no mira indiferente las cuestiones políticas. Es religiosa como puede serlo una jóven de su edad; pero ni va demasiado a la iglesia, ni reza rosarios de noche. Yo no quiero influir en nada sobre esta delicada materia; precisamente porque yo no soy religioso, y quiero para todos la libre posesión de la conciencia.

IV

LEGABA en aquel momento a nuestra casa Nolo, el padre del náufrago, que seguramente venía a darme las gracias, aunque con verdadero descontento mío. Es Nolo como de cuarenta años, rubio, de ojos azules, de expresión bondadosa, curtido por el sol y las brisas del mar. Compañero de mi niñez en esta playa y en los acantilados para la pesca. Su padre, siempre risueño, nos arreglaba las cañas, nos emataba los anzuelos, nos colocaba las boyas en los alambres, y

nos llevaba en su bote a las pesqueras que él conocía. Ya todo eso está bastante lejano.

— Adelante, Nolo, y el acompañante, dije yo. Acercar sillas. Leda, dí que traigan café para estos buenos amigos, y desde mi niñez, ¿verdad, Nolo?

— Así es, don Luis. ¡Qué tiempos! ¡Cuidado con eso!

— ¿Y éste es el náufrago? No lo recuerdo.

— Es el segundo, respondió el pescador. Se comprende que no lo conozca porque ha estado con mi hermano Antonio cosa de dos años. Y su vida se la debo a usted, D. Luis. A eso vengo. Muerto me lo hubieran llevado si V. no lo salva. ¡Cuidado con eso!

— ¿Pero quién le ha dicho a V. eso? Pues le han engañado. Quien lo salvó fué el joven rubio que iba con él. Pregúnteselo a su hijo. ¿No es verdad? ¿El lo sostuvo

fuera del agua con un valor admirable. ¿Verdad, Leda? Ya lo vé usted. Cuando yo lo cogí ya venían para tierra. Casi hacían pie. Fué una pequeña ayuda nada más. El salvador fué él, sólo él. Créame, ¿Verdad, Leda? ¿Cómo se llama ese valiente?

—Luis. Es el hijo de don Perico el práctico del puerto.

—Sí, ahora recuerdo haberlo visto con él en el muelle. Hace honor a su padre, un marino como hay pocos. Bien, ya está aquí el café. Sírvales, Leda. No admito excusas. Ya sabe V. como soy. El café entona, anima y da ganas de vivir. Y tú también, pollo, sin cumplidos tontos. ¿Se acuerda V., Nolo, cuando íbamos a pescar por esos acantilados, por esas peñas, con la ilusión de coger todos los peces de la mar?

—Y buenos resbalones que alcanzamos sobre aquellos maris-

cos. ¡Cuidado con eso! Como pescado, más era el ruido que las nueces.

—Cosa menuda, nada más. Pero me quiere V. explicar como no sabe nadar este marinerote. No paso por eso. Un mes te doy para que nades como una sardina. ¿Estamos? Y te he de ver yo. ¡No saber nadar un hijo de tu padre! Vergüenza me daría a mí. Conque ya lo sabes, buen mozo. Y mucho ojo... Así me gusta. A buen café, buenos sorbos. ¿Y qué tal el oficio?

—Pues, para pasar, y gracias, don Luis. Ya no es como antes. ¡Cuidado con eso! Ahora somos muchos en la mar, y toca a menos. Y somos seis y mi madre, que vive todavía. Y así vamos tirando. ¡Condenado oficio! Y la mar que no juega. Es traidora la condenada. De buena hemos escapado no pocas veces.

—Sí, y todo el mundo dice que el pescado es caro.

—V. lo ha dicho don Luis. Como ellos no van a la mar... Si un día vinieran con uno menos en el bote, ya hablaríamos. ¡Cuidado con eso! Y tiene uno que aguantarse y callar. Me parece a mí que esto no está bien arreglado. Unos tan gordos y otros en los huesos. ¿Digo mal?

—Que va V. a decir mal, amigo Nolo. Tienen Vds. motivos para echar a rodar toda esta corrupción que nos gobierna. Yo les ayudaría. Esas injusticias son una crueldad y una vergüenza. Pero esos hartos, esos que gritan que el pescado es caro, la palabra más dulce que tienen para el pobre pescador, para el pueblo entero, es la de canalla. Y la verdadera canalla son ellos, ellos. Pero todavía queda mucho que andar para darles lo que me-

recen. ¡Es tan difícil quitarles el comedero a esos gordos!

—Eso es para la semana que no tenga jueves. Mientras tanto, a pasar frío y ventolinas, y chubascos, y oleaje de encargo, y no salir nunca de la miseria. ¡Cuidado con eso! Pero cambiando de conversación, ¡qué vistas desde esta terraza! Quiz las disfrute cien años más, don Luis, y en vida de nosotros, si puede ser, añadió riendo. ¡Cuidado con eso!

—Todavía no hemos llegado hasta ahí. Yo me conformó con menos, pero bueno y sano. Lo demás no es vivir.

— Y tiene razón. Vale más liar el petate... Caramba, caramba, que sabroso está este café, y parece que también le gusta al muchacho. Esto no se usa por casa. Agua de barranco pura. Y gracias. ¡Cuidado con eso!

—Me alegro que les guste. ¿Y qué hacen sus hermanos?

—Francisco se marchó a la Habana hace años. No sabemos nada de él. Antonio, como yo, pescando. Cinco hijos tiene ya. Y Gregorio, comprando y vendiendo cosas menudas, con dos muchachos, nada más. Agustina murió de parto, unos cuatro años hace. Vivimos en paz, y nos vemos con frecuencia. Y alabado sea Dios.

—Y siempre viviendo junto a ese mar: tatarabuelos, abuelos, nietos, biznietos; y sabe Dios hasta cuando. Atraen esos mariscos y esa playa, ¿verdad? De una ojeada conocen Vds. el tiempo que hará mañana. Y donde están los salmonetes, y la cabrilla, y el congrio y el calamar. Y ahora recuerdo que a su padre le pasó un lance fuerte con un tiburón allá abajo, junto a la punta mora.

—Oh! no quiero acordarme; se me erizan los cabellos. ¡Cuidado con eso! Yo era un muchacho, cosa de unos quince años. Estábamos pescando a estribor de la punta en una pesquera muy honda, de salmonetes. Llevábamos cogido bastante pescado, que saltaba en el fondo del bote, que era un contento. Pocas veces habíamos tenido tanta suerte. Y el tiempo era como ahora tranquilo, muy hermoso; pero el mar estaba aún un poco revuelto del ventarrón que había soplado el día antes y parte de la noche. Mi padre decía que aquello le gustaba poco. ¡Cuidado con eso! Habíamos dejado a un primo mío en un islillo para que cogiera carnada, con la condición de irlo a buscar cosa de hora y media después. Y ya había pasado más de una hora sin novedad, cogiendo siempre salmonetes, casi a cada lance, mi

padre y yo. De pronto, miro hacia el islote y veo a mi primo nadando, con el cestillo de la carnada atado sobre la cabeza. Sabía nadar lo que se llama bien, y resistía horas enteras en el agua. Mi padre sólo dijo: ¡ese muchacho! Y siguió pescando. Pero poco después, se levantó sobresaltado, ató la liña al estrobo, y se puso a mirar fijamente proa adelante con la mano de pantalla sobre los ojos. ¡Cuidado con eso! Pasaron unos minutos. Yo ni me movía, ni casi respiraba. Al fin, exclamó aterrorizado: ¡Un tiburón! ¡Cuidado con eso!

Al llegar aquí el narrador, nos emocionamos de veras, como si estuviéramos en el mar y nos persiguiera aquel voraz animalote.

—Yo me quedé, don Luis, más blanco que la pared y sin gota de sangre en el cuerpo. ¡Un tiburón y mi primo nadando! ¡Cuidado

con eso! No pasó mucho tiempo, y, al fin, ví una aleta negra, picuda, sobre el agua, a unos doscientos pasos del bote, como una manchita negra que aparecía y desaparecía. Nuestros ojos están acostumbrados a distinguir desde muy lejos. Mi padre cogió los dos remos, y con toda su fuerza bogó hacia mi primo. No dijimos ni una sola palabra. ¡Cuidado con eso! Mi padre no perdía de vista la aleta negra, que se acercaba, se acercaba, llenándonos de terror. Ya estábamos cerca de mi primo. El infeliz lo ignoraba todo. Los remos parecía que se iban a partir. Con tanta fuerza los movía mi padre. El bote saltaba sobre el agua. La aleta negra se acercaba cada vez más. De pronto, suelta los remos mi padre, coge salmonetes y los va tirando lo más lejos que pudo, en dirección del animal. Y, en segui-

da, a bogar otra vez, como un desesperado. ¡Cuidado con eso! No quiero cansarles. Al fin, llegamos junto a mi primo el cual se agarra a la borda para subir; pero al mismo tiempo, el agua se agitó. Yo tiré de un brazo a mi primo, y mi padre enarboló un remo, en espera de un ataque. Y así fué. El animalote sacó la cabeza fuera del agua, y saltó para morder. Mi padre le descargó tal golpe con el remo entre los ojos, que el animal se hundió al instante ensangrentado, y el primo se vió, al fin, dentro del bote, pálido y sin aliento, y sin fuerzas para moverse. ¡Cuidado con eso! ¡Oh, como respiramos entonces! El alma nos entró de nuevo en el cuerpo.—Has nacido hoy, dijo mi padre dirigiéndose al primo. No creí poder salvarte. Vuelve otra vez a hacer lo que no debes. Que te sirva de escarmiento. Y volvimos a

la pesquera. Como cosa de media hora después vimos otra vez la aleta negra, pero entonces se alejaba de prisa. Le digo a V., don Luis, que fué un lance de los que entran pocos en libra, cuidado con eso.

—Cierto que fué cosa terrible. Eso no se olvida nunca.

—Jamás iré yo por tales sitios, dijo Leda. Me moriría de miedo. ¿Hay muchos tiburones por allí?

—Algunos hay, aunque no siempre, dijo Nolo.

—Dicen que en la Habana, añadí yo, hay hombres que se tiran al agua en la bahía, que está llena de tiburones, para cazarlos a cuchilladas. Y dicen que matan bastantes. Se necesita saber nadar como un pez y tener un valor a toda prueba. Creo recordar que he visto un grabado representando una lucha debajo del agua entre un enorme tiburón y

uno de esos hombres, en el momento en que éste le hundía el cuchillo en el corazón. Es asombroso.

—Nosotros no somos capaces de eso por acá, dijo Nolo. Esa gente de fuera irán a la luna si se lo proponen. ¡Cuidado con eso! He oído decir que algunos ya han empezado a volar. ¿Será cierto, don Luis?

—¿Por qué no? Dentro de algunos años iremos por el aire como vamos ahora por el mar en los vapores. Muchos se matarán antes, pero iremos.

—Tampoco iré yo por el aire, dijo Leda. Me daría horror ir a tanta altura en el vacío.

—Yo me quedo con la tierra, y hasta con la mar, replicó Nolo.

—Pero sin tiburones, añadió yo riendo.

—Eso sí. Bueno, cualquiera diría que este pescador no tiene

que hacer. Es muy buena la compañía y muy sabroso ha sido el café, don Luis, ¡cuidado con eso!, sólo que me espera el arreglo de los trebejos para la salida de mañana. No hay remedio. Si no, no se come. Y hay que dar alpiste a muchos picos, que siempre están abiertos. Y se levantó, y separando la silla y acercándose a mí, dijo:

—De todos modos, don Luis, yo no sé como agradecerle lo que hizo con este hijo mío, que no estaría aquí sin V. ¡Cuidado con eso!

—Pero si ya le he dicho que fué el hijo del práctico.

—Bueno. Pero sin V. los dos no lo contarían. Yo me entiendo. Y me tendió la mano, estrechándomela con verdadera efusión, y un sí es no es enternecido, que contagió a Leda visiblemente.

Y se fueron. Y me dejaron un

secreto regocijo, algo como si hubiera vuelto a mi niñez y a mi primera juventud. No lo había dejado en mí la visión de aquella primera edad, fresca y radiante desvanecida ya para siempre. Leda se marchó a sus quehaceres, Beatriz, la sirvienta, se llevó las tazas, cubriendo la mesa con un tapete azul de franja blanca, y yo me quedé largo rato todavía, un poco soñoliento y anheloso de descanso. ¡Dulces horas aquellas, de paz y de sosiego! Zante había seguido a Leda. Me fué grata aquella soledad. Después de algún tiempo me sacudí la pereza, y me puse a leer a mi *Jenofonte* durante un par de horas largas. Empezó a tocar el piano Leda dulcemente, y las notas llegaban al oído como una caricia. No debieran terminar nunca horas tan agradables.

Con la misma paz siguieron

muchos días, sin que dejáramos nuestros paseos matinales o al atardecer. De vez en cuando, notaba yo que Leda estaba algo inquieta y parecía más ensimismada que de costumbre. Varias veces permanecía contemplando el camino que termina en nuestra casa, o junto a la puerta, o al pie de la araucaria. Pero yo no me fijé lo suficiente para que me preocupara. Tal vez tenía aún fijo en la memoria el sitio del naufragio que tanto le impresionó. A esto atribuía yo también lo poco que cantaba ya, aunque a media voz, cuando regaba las flores en el jardín. De todos modos, no había en ella ni aquella libertad completa de movimientos, ni aquel expresarse libre también de toda coacción interior, que era antes su mayor encanto. Y lo mismo notaba yo en nuestros paseos por la playa; y seguramente lo nota-

ba también Zante, pues recibía distraidamente sus saltos llenos de regocijo. Un poco de tiempo, decía yo, bastará para que esa preocupación se desvanezca.

Pocos días después recibí la visita del práctico del puerto y su hijo Luis, y ya se adivina a qué vendrían, con harto sentimiento mío. Puede suponerse también las alabanzas que me dirigieron, sin que les convenciera ni poco ni mucho el interés que puse yo en demostrarles que el verdadero salvador del naufrago fué el propio hijo de mi amigo el práctico, el cual sonreía al observar el empeño con que yo lo defendía. Al fin, me dijo, seguramente para complacerme:—Bueno, sea como V. dice. Doy por buenas sus razones. Pero yo le estaré eternamente agradecido por ese poco que V. puso en la salvación de mi hijo y de aquel pobre pescador. La

verdad saldrá siempre por encima de todo. Luego hablamos de muchas otras cosas, y, entre otras, de que el joven Luis estaba estudiando para piloto. Confesaba que a él le gustaba el mar, y que había disfrutado mucho en sus largos viajes, a Hong-Kong, a Calcuta y hasta Filipinas y el Japón, pero que hubiera preferido una carrera de tierra para poder estar junto a la familia y no correr tantos y tan grandes peligros como se corren en la mar, siempre traidora. Días hermosos se pasan cuando va de buenas; pero ¡qué noches pasa uno con olas como montañas y un vendabal irresistible! En fin, que, a pesar de todo, se resignaba con la vocación de su hijo, y Dios diría. Como preguntara por Leda, la llamé. Entró ruborizada de veras. Poco después nos dejaron y volvimos al andar de todos los días,

siempre iguales, pero siempre llenos de paz y de inagotable afecto, que es lo que nos da vida en esta soledad, que, por otra parte, tan grata me es.

No pasó mucho tiempo sin que yo conociera el mal que aquejaba a Leda, ese mal que es bien al mismo tiempo, que embellece la vida y la llena también de sombras, que alegra el alma y hace brotar el llanto de los ojos. ¿Qué guardará el amor para la inocente Leda? ¿Qué amargura le reservará? Nunca es muy generoso el destino. Y si da algo bueno, sonríe diabólicamente. Ya se cobrará con creces. ¡Y qué despertar después! A veces se lleva en sus garras lo mejor de nuestra vida y nos deja la muerte en el corazón. ¿Y qué hacer? ¿Cómo defenderse de este enemigo implacable que nos estruja cuando le place? Hombre o mujer, es lo mismo para él.

Lo importante es enroscar el dolor en el pecho y dejar en su poder la presa. Seguramente que nada dirán los árboles, ni las montañas, ni el mar, ni el cielo, ni las estrellas. Y eso de que esté sordo el universo le alienta y le incita más. Valga, hermanita, que me tienes a mí, que conozo tu mal mucho mejor que tú, y podré defenderte cuando la suerte lo exija. ¿Qué sé yo si tus primeros amoríos serán insignificantes y vulgares o si llegarán a engendrar algo doloroso y hasta trágico?

No se puede uno fiar de las apariencias. Muchas cosas empiezan así, como juego de niños, y concluyen... Oh! es que no quiero pensar en lo que guarda el destino a cada uno de nosotros. Y si no me falta valor para sufrir lo que a mí me corresponda, me es muy duro de soportar lo que

pueda tocarles a los que yo quiero. No hay nadie que pueda ser estóico siempre. No conviene dejarse abatir por el dolor; pero tampoco debemos despojarnos de todo dolor, porque él nos eleva, nos espiritualiza, respondiendo a las contrariedades del mundo con su voz de protesta sensibilizada. Esperemos.

V

Lo recuerdo todo como si
L aun estuvieran presentes
los menores detalles. Hasta el
timbre de cada voz resurge en mis
oídos tan claro y puro como en-
tonces. Veo a nuestra madre, al-
ta, delgada, de maneras distin-
guidas, aseada siempre, de expre-
sión dulce y bondadosa, cuidan-
do sus plantas en las macetas de
las ventanas de nuestra espacio-
sa galería. Vistió de negro mucho
tiempo por la muerte de una her-
mana mía, mayor que yo, a quien

quería entrañablemente y de cuya pérdida no se pudo consolar nunca. Años enteros estuvo sin salir de casa, triste y silenciosa, entregada por completo a su dolor. Yo la acompañaba en su pena y procuraba distraerla cuanto me era posible. Y ella acogía mi compañía con vivo interés e intenso cariño. Aquellas horas eran de verdadero consuelo para ella, y, para mí, de un gran bienestar. Yo idolatraba a mi madre. Desde niño vi en ella todo mi bien y todo el bien de nuestra casa. Hacía todo cuanto podía por evitarle un disgusto y todo aquello que yo sabía que no le agradaba. No era para mí una mujer; era una santa; pero una santa distinta de las otras; y no una santa solamente, sino otra cosa superior, además, sin que yo acertara a definir qué cosa superior era esa.

Mi padre era un hombre excelente; ni demasiado serio ni demasiado decididor, franco, activo, de esos que, cuando empiezan algo es para darle fin, ocupándose hasta de los menores detalles. Sin dejar de ser un espíritu práctico, orientado siempre en el sentido de las realidades, no dejaba alguna vez de manifestar gusto por ciertas aspiraciones ideales poco frecuentes en los hombres de negocios, aunque tratándolas siempre como cosas que no pueden vivir más que en sueños. Era más bien alto que bajo, fuerte, sano, de ademanes resueltos, de tez morena, bigote poblado y cara llena. Sus ojos eran negros y vivos, penetrantes, revelando inteligencia y fuerza y decisión. Era expresivo y cariñoso. Pocas veces me riñó de mal talante. Como nuestra fortuna consistía, sobre todo, en extensas heredades de

muy productivas plantaciones, sólo a ellas dedicaba todo su tiempo. Así es que pasaba semanas enteras en el campo ocupado en vigilarlas y en constantes trabajos para mejorar los cultivos. Muchas veces me llevaba con él, y era aquello para mí un gran regocijo, turbado sólo con la pena de no ver a mi madre, tanto la llevaba yo siempre en el corazón.

Debo decir, y con mucha satisfacción mía, que jamás hubo en nuestra casa riña de voces desatempladas y ademanes descompuestos. Se hablaba, se discutía, con más o menos interés y energía; pero nunca se llegaba a ninguna clase de violencia; no por grandes esfuerzos de la voluntad, sino por la naturaleza misma del carácter, siempre moderado y prudente. Son cosas estas que no se aprenden, sino que con ellas se nace. Por lo demás, éramos

muy sociables, íbamos al teatro, recibíamos visitas, dábamos largos paseos en nuestro carruaje, y merendábamos en el campo, y mis padres viajaban cada año por España y otras naciones de Europa, siempre satisfechos. Dos viajes hice yo en aquella época; uno a Madrid y otro hasta París, viajes medio de recreo y medio de negocio. ¡Qué horizontes se abrieron entonces para mí! Fué como la aparición de un mundo maravilloso

Mi padre era algo hereje, y aún algo; mientras que mi madre era una creyente sincera, como mujer que era, y no veía con muy buenos ojos el espíritu rebelde de su esposo. Encontraba firme apoyo en un hermano suyo, canónigo, que no dejaba a su cuñado vanagloriarse de triunfos ilusorios. Venía a almorzar con frecuencia con nosotros; y a los pos-

tres, tomando café, era cuando no podía faltar la discusión religiosa a la que mi madre asistía siempre, inquieta, es verdad, pero segura de llevar la mejor parte. Costumbre era ésta contraria a la de la mayoría de las mujeres que huyen de todo lo que tenga visos de parloteo intelectualista, de cosas elevadas, demasiado por encima de su estrecho horizonte, cosas de sabihondos, como ellas dicen burlonamente, aburridas, soporíferas, insoportables. Política, religión, filosofía, ciencias, historia, arte, literatura, nada quieren saber de estas cosas abstrusas, incomprensibles, propias de los hombres, y eso sólo cuando no tienen nada que hacer. Y a una mujer así el hombre no puede llamarla verdadera compañera, pues sólo sirve para dar hijos, ser rutinaria y supersticiosa, y esclava de la moda, con la eter-

na manía de la murmuración. Cuando llegue el día de que sea como debz ser, que será muy tarde, ya se podrá decir que la pareja humana será digna de su verdadero destino.

Una tarde, ¡no se me olvidará nunca! la discusión se hizo algo más ardiente, porque mi padre, que conocía bien sus evangelios, no se mordía la lengua.

—Vamos a ver, le dijo al canónigo, como te las arreglas para explicar la existencia de tantas religiones. Si la verdad está en la religión católica, ¿cómo ha podido Dios permitir que vivan tantas religiones falsas, y durante tantos siglos? ¿No son todos los humanos criaturas suyas? ¿Pues por qué ha privado de conocer la verdad a tantos millones de seres racionales, hechos a su semejanza? Porque, fijate, nuestro planeta cuenta hoy con unos mil seis-

cientos millones de habitantes. El catolicismo tendrá sólo unos trescientos millones de llamados fieles, muchos de los cuales son tan fieles como yo. Quedan, pues, mil trescientos millones que no han podido gozar de esa verdad divina, y cada siglo mueren todos sin haberla conocido. ¿Cómo explicas tú ese terrible olvido de un Dios justo que ama a todas sus criaturas?

—La verdad es, replicó el canónigo, que cada día vas más firme por el camino de la herejía, de la incredulidad más abierta. He ahí el fruto de los tiempos. Llegaremos hasta dudar de nosotros mismos. Esos libros racionalistas, materialistas y positivistas van a concluir con todo lo sagrado, con todo lo bueno, con todo lo respetable que aun tenemos. Si esto sigue así, todo se derrumbará: religión, familia, gobierno,

autoridad, leyes, moral... No quedará nada. Por un lado la incredulidad y, por otro, el salvaje socialismo, van a hacer de la humanidad un inmenso montón de fieras en la más espantosa corrupción animal. Sólo de pensarlo se llena uno de horror. Está visto, sin religión, no queda nada; sin Dios, el vacío, porque todo le pertenece: *En domini Dei cœlum est et cœlum cœli, terra et omnia quae in ea sunt.*

—Todo eso no es más que sermón de cura de pueblo, dijo mi padre. Al grano, al grano.

—Al grano voy. Ten paciencia. En primer lugar, no es poco atrevimiento pedirle cuenta a Dios de lo que hace y lo que deja de hacer. Eso es, ni más ni menos, que si tu hijo Luis, te hiciera cargos por si empleas demasiado o poco abono en tus tierras, o por si las riegas con demasiada agua...

Vamos, no es posible pasar por eso. Cuando vemos que hay varias, muchas religiones en el mundo, es porque así lo dispuso en su infinita sabiduría; y no tiene necesidad de explicar a nadie las razones que tuvo para consentirlo. Pero a lo que a mí se me alcanza, me parece que ha dejado a los hombres que, por si mismos, busquen la verdad sin fijarles tiempo, y...

—Alto ahí. ¿Qué culpa tienen los australianos y los del centro de Africa; si no han podido conocer la religión católica? ¿Y los millones y millones que murieron sin conocerla antes de la venida de Cristo? Eso en primer lugar, y en segundo, si dejó a los hombres el cuidado de conocer la verdad, sin fijarles tiempo, ¿por qué envió entonces a Cristo? Sobresalto de mi madre.

—Eso no es cuenta tuya, cuña-

dito, don picapleitos. Pues lo envié porque alguno había de enviar, y en el día determinado por su sabiduría infinita, para que la verdad se conociera. Después, que se despabilara la Iglesia enviando misiones a todo el mundo hasta que todo error haya desaparecido. Eso ya es cuenta de los de abajo y no de El de arriba. ¿Entiende el herejote? Satisfacción de mi madre.

—¿Pero, y los miles de millones que han muerto ya y los que morirán todavía en el error, no tienen derecho a quejarse por haberseles privado de conocer la verdad, en este valle de lágrimas, que fué más valle de lágrimas dejándolos en el error? Mi madre mira al canónigo muy inquieta.

—¿Tú que sabes de los ocultos designios de la Suprema Sabiduría?

—Contestando de ese modo no

puede haber nunca discusión, porque si faltan por completo las razones es prueba de que no es cierto lo que se trata de demostrar. El mismo Balmes no comprendía la existencia de tantas religiones falsas. Y un religioso y filósofo como él, sabía muy bien lo que tenía entre manos.

—Balmes puede decir lo que mejor le parezca. Y ten entendido que yo no me fío mucho de los filósofos, que todo lo enredan. Porque nuestra inteligencia no comprenda muchas cosas no vamos a declarar que están mal hechas, aunque milagro será que tú te calles.

—El milagro verdadero sería que el señor canónigo me convenciera, aunque yo no sea ni filósofo, ni teólogo, sino un simple agricultor. Me defienden, sin embargo, los hechos y los mismos evangelios, que conozco lo bas-

tante para no dejarme sorprender por sofismas, o por vaguedades que nada dicen. ¿Me explico? Y yo no creo ni en ese milagro ni en ningún otro, con perdón sea dicho de mi señora esposa.

—Ya lo sabemos. Lo que tú quisieras para convencerte es que el Señor te hiciera aquí mismo, sobre esta misma mesa, un gran milagro para convencer al señorito, como convertir en oro fino todos estos platos y estas tacitas de café. ¿No es eso? Ver para creer. ¿No es así?

—No tanto, no tanto. Yo me conformo con razones. Por ejemplo ¿a tí te parece cosa fácil el milagro del endemoniado de Gadara y los dos o tres mil cerdos precipitados al lago de Genezaret, repletos de demonios y sin que se pueda explicar por qué quisieron meterse en el cuerpo de aquellos pobres animalitos? Explicáte, vamos.

—Pues ya se ve que sí lo creo. El Señor los echó sin contemplaciones. ¿Y qué habían de hacer aquellos animales con tanto demonio en el cuerpo? Pues tirarse al agua para librarse de ellos seguramente.

—Pero tú no cuentas con el enorme perjuicio que se causaba a los dueños de los cerdos por un puro capricho de los demonios, con el que se conformó Cristo sin la menor observación. ¿Te parece bien?

—Cuando así lo hizo Cristo, muy bien hecho está. ¿Y quienes eran los amos de aquellos animales? Seguramente paganos descreídos o fariseos hipócritas, como los que amenazó el Señor: *Vae vobis, Scribae et Phariseae, hypocritae.*

—¡Qué pronto te conformas, hermanito! Otra cosa. ¿Crees que podía haber tantos cerdos en un

país en que estaba terminantemente prohibido comer su carne so pena de cometer un gran pecado? ¡Tres mil cerdos!

—No hay que extrañarse. Seguramente los criarían para vendérselos a los incrédulos, adoradores de dioses falsos, llenos de orgullo y vanidad, enemigos feroces de la verdad divina.

—Pero los evangelios no dicen nada de eso. Son puras cavilaciones tuyas sin el menor fundamento. Por decir algo, nada más. Así no hay discusión posible. Y no sé como no me inundas de latinajos, *vobis, nobis, caelum, Deus*. Dime ahora si también te parece de perlas aquello de la cananea que le suplicó a Jesús que echara los demonios del cuerpo de su hija, y El... con letra mayúscula... le contestó: «No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros». ¿Es esto amor a las cria-

turas y cumplir con la hermosa máxima «haz bien y no mires a quien?» Vamos, vamos, por mucho que lo dores no lo harás pasar.

—Cuando Jesús lo dijo, bueno y justo sería.

—No. Un Dios no habla con tanta crueldad a una de sus criaturas, y mucho menos cuando el dolor contrista su alma, y, sobre todo cuando, al fin, accedió.

—Tú puedes pensar todo lo que quieras; pero cuando El lo hizo... Con los paganos no se podía ir con flores... *Non est bonum sumere panem filiorum et mittere canibus.* Cuando El dijo canibus, canibus. Vamos, hermana, tu señor esposo está dejado de la mano de Dios, dijo riendo, y, como siempre, tomándolo medio a broma. Con poco más, añadió, te conviertes en un Celso y yo en un Orígenes. Pero siempre buenos hermanos.

En este instante entró la sirvienta diciendo que unas señoras estaban en la sala. Levantóse mi madre y salió. Poco después me mandó a llamar y entré en la sala. Era la visita para un asunto benéfico, y solicitaban de mí que yo escribiera varios articulitos en los periódicos haciendo la propaganda. Grande fué la impresión que me produjo la hija de aquella señora. ¡Era ella! Sus ojos negros chispeantes miraban siempre regocijados. Tan dulce era el timbre de su voz que aun resuena en mi oído como aquella primera vez.

Sus manos blancas se movían graciosamente a compás de sus palabras. Algo atrevido era el escote y llevaba una gran flor roja en el lado izquierdo. Mientras viva, no se desvanecerá su visión. Está en mí como una sonrisa, como un arpegio, como un perfume. La

he llevado siempre dentro de mí desde aquella tarde. Es una claridad que no me abandona. Es una esperanza que alienta mi vida, por encima de la desesperanza que ensombreció mi alma. ¡Era ella, la que se hundió después entre negras sombras, que tan lejos está ahora de mí, o quizás muerta! Cuando salió de casa, dejó en el aire un estremecimiento de juventud y de amor que me llenó el alma de ensueños por primera vez forjados. ¡Cuántas veces he maldecido aquella tarde, y cuántas la he bendecido!



VI

ENTRAMOS en la Iglesia Leda, su novio y yo. Mucho tiempo hacía que no pisaba yo ninguna. ¿Para qué? ¿No tenía yo la mía? ¡Y que iglesia! El cielo, el mar, los montes, los árboles, los pájaros y la dorada lumbre del horizonte. Ninguna construcción humana se iguala a este grandioso templo. ¿Pero templo de qué? No lo puedo decir. Sólo siento que es inmenso, y que me hace participar a mí de su inmensidad. Ante él me recojo y medito,

me examino y me prometo. Algo puro y alentador penetra en mí. No hay cirios, ni angelitos, ni dorados, ni terciopelos, ni incienso, ni campanas. Pero lo que hay es todo grandeza y todo verdad. Todo rito sería en él una injuria y todo dogma una degradación. Sentir es rezar, y meditar, y hasta dudar también es rezar. Reza el que contempla y el que ama, y el que se levanta. ¿Decís que con que fin? Pues con el fin de contemplar, de amar y de levantarse, de meditar, de dudar y de sentir. Nada más alto ni más purificador. Es el rezo de los tiempos que vendrán. No es rezo de esclavos, sino de hombres libres. No es rezo de los instintos sino de la razón. Es el rezo digno de un Dios, de un verdadero Dios. Pero, aunque esto lo parezca, yo no soy panteísta en el sentido ordinario de la palabra. En

estas cuestiones últimas, ¿quién puede vanagloriarse de poseer la verdad? Pero todo lo que yo contemplo es, y, por ser, es verdad; y por ser verdad, es sincero, es serio, es grande, es emocionante, es bello; y por ser todo esto, es purificador, es regenerador, nos eleva, nos espiritualiza, nos hace justos y nos hace buenos. Esto me basta.

De rodillas ante el altar mayor se veía una mujer enlutada. Reinaba profundo silencio. La luz era tibia y por su suavidad parecía silenciosa también. Seguimos adelante. A nuestra derecha, ante el altar de una capilla, vimos a una mujer, no sólo de rodillas, sino con la cabeza y las manos en el suelo, inmóvil, sumida al parecer en una profunda concentración de pensamiento. Un gran dolor la angustiaba, seguramente. Y sin saber que podía ser, repercutía en

mi corazón. A su lado, estaba un niño arrodillado, con la cabeza baja. Los dos pobremente vestidos. Grande fué nuestra impresión. Leda me tomó la mano y me señaló el grupo emocionada. Nos alejamos pisando lo más suavemente posible. En una lámpara colgada de la bóveda brillaba pálida una lucecita. Es muy humilde la iglesia. Pocos dorados y pocas imágenes. Un Cristo casi de tamaño natural, en el altar mayor, y, a los lados, dos grandes cuadros de fondo oscuro, con la pátina propia de su antigüedad. Sencillo por demás era el púlpito, pintado de blanco, con filetes dorados y dos angelitos muy lindos. Leda y su novio se arrodillaron ante el altar mayor en el momento mismo en que la enlutada se levantaba, hacía una reverencia y se alejaba. Yo permanecí de pie junto al espal-

dar de un banco que relucía a fuerza de uso. Aquel silencio y aquella soledad convidaban a la meditación. Cuando el alma está dolorida nada tan suavemente confortante como el silencio y la soledad que envuelven los misterios sagrados de todos los tiempos.

Luis se levantó y se dirigió a una puerta que daba a la sacristía y entró en ella. Iba a decirle al señor cura que su madre estaba en cama enferma, aunque no de gravedad, y deseaba confesarse. Tardó algún tiempo en volver. Al fin salió acompañado del cura, el cual se apresuró a saludarnos con suma amabilidad. Es un hombre pequeñito, flaco, de ojos muy vivos y cara expresiva. Se mueve mucho al hablar y varía de sitio con frecuencia. Tiene fama de gran talento. Es un aficionado a la meteorología; y siempre se le

vé mirando las nubes, los termómetros, los barómetros y un anemómetro, propiedad suya, que estableció en la azotea de su casa. Además, dicen que está escribiendo una gran obra de teología, a la moderna, que le dará gran fama. Es también un gran latinista y está indicado para la primera canongía vacante. El señor Obispo le consulta con frecuencia. Aquel hombre pequeñito, párroco de aquella iglesia pequeñita, se crecía a mis ojos mientras hablaba hasta el punto de parecerme alto, fornido y de una fuerza extraordinaria. Es un católico de gran amplitud de ideas y se le clasifica como un neoescolástico de verdadero mérito, cuyo nombre, según dicen, ha llegado hasta el papa.

Al fin, nos encaminamos a la salida. Ya no estaban en la iglesia la mujer postrada y el niño

arrodillado. Sentí aquel vacío sin saber por qué. Varias veces volví la cabeza. Ya en la puerta, nos despedimos del curita sabio, que se quedó mirando al cielo, y nos dirigimos a casa pasando por la playa. A mitad del camino estábamos, cuando vino a recibirnos, dando saltos, nuestro alegre Zante, lleno de regocijo. Después de saludarnos con su continuo movimiento de cola y ponernos sus patas delanteras en el pecho o en la espalda, se alejaba de nosotros a la carrera y volvía como una flecha, dando vueltas a nuestro alrededor. Unos seis o siete muchachos llevaban a hombros un pequeño bote pintado de verde y blanco, y entraron en el mar hasta dejarlo meciéndose en las aguas tranquilas. Un poco más lejos sacaban las redes unos pescadores, y ya el copo cerca de tierra, se veían saltar como si fueran

de plata los pobres peces prisioneros. Nos detuvimos unos momentos. Era hermoso aquel espectáculo marino. Ya en marcha otra vez, me asaltó de nuevo la visión de aquella infeliz mujer postrada en la iglesia junto al niño de rodillas. Algo angustioso se agitó en mí como eco de la angustia de aquella desgraciada sin consuelo. Jamás había visto una actitud tan dolorosa, expresión de algo profundo, irremediable, entre las negruras de la miseria. Poco después pasó a nuestro lado el náufrago, nos sonrió y se alejó a nuestra espalda.

Quince o veinte días después salí solo, encaminándome a una librería para recoger unos libros que había encargado. Precisamente había de pasar por la iglesia que habíamos visitado poco antes, y, por un impulso repentino, me dirigí a ella y entré. Al princi-

pio no ví a nadie. El púlpito blanco se destacaba en la media luz en que yacía todo. Me quedé parado un momento. Dí unos pasos y miré a mi derecha. La misma mujer estaba allí ante el altar de la capilla, pero de rodillas y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Me pareció encontrar algo que vagamente esperaba. No hay duda, el alma de esa mujer está rota por el dolor. ¿Quién oye sus súplicas? ¿Quién responde a esas rodillas dobladas y a esa cabeza inclinada sobre el pecho? ¡Ah, mujer, que buscas una palabra y una mano amigas y no encuentras más que silencio y desamparo! En el ciclón del vivir tú ya no cuentas para nada. Ni como despojo se fijarán en tí. Y tú estás viva; y tú sufres; y tú lloras; y tú clamas; y todo calla. ¿Cómo se explica esto en el fondo de lo impasible y de lo silencioso? ¿Qué

dicen los ídolos de este templo, y los dorados, y las luces, y el incienso, y el altar con su fina tela blanca? ¿Qué dicen las palabras de estos sacerdotes que van y vienen como sombras bajo estas naves?

Y yo estoy aquí también con mi herida siempre abierta. Esa infeliz mujer arrodillada, con su traje descolorido, a merced de todo y de todos, y yo, de pie, como un caballero arrogante, dueño de muchas cosas, que puede decir quiero, estamos aquí los dos, por una parte, opuestos y contradictorios, y, por otra, hermanos en el dolor, una sola alma angustiada, que espera sin saber qué es lo que espera y para cuando lo espera. Me adelanté algunos pasos y me senté en uno de aquellos bancos carcomidos y lustrosos. Por un ventanal de vidrios rojos y azules penetraba un haz de luz

suave que iluminaba una franja del púlpito blanco y las baldosas del suelo. Entró el sacristán, se acercó al altar como en busca de algo, se inclinó ligeramente, y, poco después, desapareció por la puerta de la sacristía. ¿Qué extrañas ocupaciones son éstas de los altares y de las sacristías? Parecen sueños misteriosos. Lo que hizo allí el sacristán, ¿para qué sirve? Lo que se propuso el que se lo mandó, ¿qué significa? La verdad no necesita sacristanes... En aquel momento salió el curita por la puerta de la sacristía, se inclinó al pasar ante el altar mayor; y, al verme, se dirigió hacia mí con la sonrisa en los labios. Nos dirigimos hacia la salida lentamente. Allí estaba todavía la pobre mujer arrodillada. Cuando llegamos al portal de la iglesia, se detuvo un instante el curita sabio, y me dijo con cierto interés.

—Ya se habrá V. fijado en esa infeliz de la capilla. A todos nos ha impresionado su fervor. Debe de haber sufrido mucho. Pero lo importante es otra cosa. Me ha hablado, me ha hablado bastante conmovida, aunque sin lágrimas, y con cierta entereza. Necesita un trabajo cualquiera, algo que le dé para vivir ella y su hijo, porque carecen hasta de un trozo de pan, y me ha suplicado que la ayude en su aflicción. No quiso admitir una moneda. Limosnas, no. Por ahora puede pasar sin ella. ¡Qué cosas tan duras tiene este vivir! ¿Dónde podré yo encontrarle una ocupación, por muy modesta que sea? Su cara es de un dolor grande llevado con gran fortaleza. ¡Son tantas las almas que sufren! Pero Dios vela siempre.

—Son muchas, muchas, le contesté. Y cuesta trabajo siempre

encontrar manos que ayuden. Mas no hay que desesperar. A veces, hay quien oye. Dígale a esa mujer que vaya mañana, o cuando ella quiera, a mi casa, y ya veremos lo que se puede hacer en su favor. Lo primero es vivir; aunque muchas veces, conseguido el vivir, no son pocos los que mueren sin morir.

—¡Cuánto se lo agradecerá esa desgraciada! Y yo también, créalo. Sin el amor al prójimo no hay vida posible. ¡Y hacemos tan poco por los necesitados! No quiero excluirme de esta gran flaqueza humana. Siempre podemos dar más de lo que damos. ¿Verdad que sí? Este egoísmo, este egoísmo, lo echa todo a perder. Mereceríamos caer en la miseria para que probáramos un poco.

—Ni aun así escarmentaríamos, señor cura. El dinero es una cosa terrible. Lo envenena todo, lo

desorganiza todo, lo destruye todo hasta en las almas mejor templadas. Son nada ante él los buenos propósitos, las buenas intenciones, las más firmes y generosas determinaciones. Ni un Dios, ni la naturaleza, nos han concedido el privilegio de tenerlo en nuestro poder, y la inmensa mayoría lo busca y no lo encuentra, y si encuentra alguno, es mucho menos de lo que necesita el ser humano para vivir una verdadera vida. ¿Es así o no es así?

—Así es, por desgracia.

—Quien ha hecho esa gran injusticia es la sociedad. Y en esa sociedad los más fuertes, los más astutos, los más altos, creyendo que sólo ellos tienen derecho, no solamente a la estricta seguridad de la vida, sino a los mayores goces de la vida, legítimos y no legítimos. A lo que llaman la plebe, la masa, el populacho, que se

lo lleve el diablo. Si tienen hambre y sed de pan y de justicia, que se contenten con ser bienaventurados. En el otro mundo encontrarán su recompensa. Para esos malvados siempre habrá pobres, pero esos pobres serán los otros, no ellos. No, señor cura, esta inmensa crueldad, esta inmensa injusticia, no pueden perdurar. La sociedad las cometió, la sociedad las debe destruir. Y las destruirá, señor cura, las destruirá no le quede la menor duda. El progreso humano no se detiene.

—El progreso humano no se detiene, pero con Dios, con Cristo, amigo don Luis, que son el bien supremo, la verdad absoluta.

—Todo lo que V. quiera. Pero lo esencial para nosotros es únicamente la justicia, el derecho; que cada hombre sea verdadero hombre en toda la amplitud de su naturaleza física y espiritual. Há-

gase el milagro y hágalo el diablo. Lo importante es que la cosa en sí misma no cambie nunca, que sea siempre lo que es: justicia, derecho, verdad. El hombre no realizará nunca, en ninguna parte, sus más nobles y elevadas ansias; pero, al menos, que disfrute de lo justo en todo el bien que pueda estar a su alcance. Lo demás vendrá por añadidura, si es que viene, dije sonriendo. Lo seguro es que la dirija V. a mi casa, y ya veremos lo que se hace por ella. ¿Quedamos en eso?

—Se lo diré hoy mismo. Mañana la verá V. en su casa. Y gracias, gracias. ¡Qué alegría le voy a dar! ¡Ah, los pobres, los pobres!

Y después de despedirnos muy afectuosamente, salí de la iglesia.

VII

PASARON tres o cuatro días sin que yo viera al curita sabio. ¿Qué habría sucedido? Y ya yo me había olvidado de aquella infeliz mujer, cuando entró el curita en casa, tan vivaracho como siempre, para decirme que la tal había encontrado colocación en casa de mí señor tío, el flamante diputado, el opulento propietario de no pocas propiedades que son nuestras y muy nuestras. De todos modos, encontró la desdichada remedio a sus amarguras.

Pero, sin saber por qué, me parecía que había sufrido una decepción, que algo que yo deseaba había dejado de realizarse. Indudablemente, yo siento siempre el más vivo interés por los desgraciados de este planeta insignificante, por los elegidos del dolor y de las lágrimas, pero me parecía este caso algo diferente de los otros sin poder explicarme el motivo, aun siendo tan vulgar como ellos.

Se despertaron en mí deseos de moverme, de salir, de ver cosas fuera de casa, de respirar aire completamente libre, de recorrer siempre mi playa amiga y confidente, buena consejera y mejor consoladora. Le propuse al curita este deleitoso paseo. Aceptó con mucho gusto, y, después de avisar a Leda nuestro propósito, salimos muy animados, cuesta abajo, en zig-zags, hasta que pisamos la blanda arena de aquella

orilla tan vista, tan recordada y tan deseada siempre.

El mar estaba algo agitado. Las olas eran altas y rompían en espuma a lo lejos, produciendo un ruido amenazador. El viento era recio y aumentaba por momentos. Una barca entraba a la vela con algún trabajo y mucho cuidado de los dos marineros que en ella venían. Zante, que nos acompañaba, corría y se paraba mirando el nublado que se extendía por el horizonte. Allá, a la derecha, a lo lejos y sobre el marisco, un grupo de mujeres, de hombres y de muchachos miraban entrar la barca sorteando las olas y el ventarrón, que hacía flotar vestidos y cabellos con recio empuje. La barca se levantaba y se hundía siguiendo el oleaje, recogida ya la vela, y rápida por el vigoroso bogar de sus dos marineros. Alguna ansiedad parecía

reinar en el grupo. Nosotros la teníamos mayor seguramente. El mar había adquirido un color plumizo lleno de salpicaduras de espuma, y la cerrazón se iba extendiendo por el espacio. En las puertas de las casas de pescadores se reunía la gente, señalando la barca, fija en ellas sus miradas. El cielo, el mar y el viento no querían saber nada, absolutamente nada, ni de la barca ni de los atribulados espectadores. Representaban su comedia o su drama en la soledad y el silencio de lo inconsciente. No parecían tener más finalidad que el mismo juego de sus propias fuerzas. Si con esto cumplían o no un fin oculto, desconocido, en el seno de la universalidad de las cosas, nadie lo sabía. Al fin, después de una briosa lucha, se vió la barca libre del peligro y entró veloz hasta llegar a la misma playa. Todos

corrieron a saludar a los valerosos pescadores. Muchos aplaudieron.

El tiempo se ponía tan malo que dije al curita sabio que era más prudente dejar el paseo para otro día, aunque a mí no me disgustaban del todo aquellos furros de la naturaleza, porque en ellos hay siempre algo grande, poderoso, que participa de lo sublime de la magnitud y del misterio.-Conforme, adelante, me contestó el curita. A mí también me gusta alguna vez bañarme en estas cóltras ordenadas por el Sumo Hacedor para sus altos fines. Nada se mueve sin su omnimoda voluntad. Y seguimos adelante dirigiéndonos al extremo izquierdo de la playa, bastante lejano aún. Por fortuna, no se había decidido a llover y quizás esto nos diera tiempo a llegar al fin de nuestro paseo y regresar a casa.

En caso contrario aún teníamos donde refugiarnos, en las casitas de pescadores a poca distancia de la orilla. Zante seguía corriendo y brincando como si el vendabal fuera sólo una brisa acariciadora. A veces, lo perdíamos de vista y de pronto chocaba conmigo jadeante. En el mar, sobre una gran roca, se rompían las olas cubriéndola de espuma, y, a lo lejos, la tendida humareda de un vapor se destacaba pálidamente de la línea del horizonte. Pasó a nuestro lado una vieja mendiga con su cesto al brazo. Olía a pescado, cojeaba. Su rostro arrugado y sucio no dejaba ninguna huella de sus juveniles y regocijados veinte años. Entonces tenía un nombre, ahora como si no lo tuviera. Entonces tenía sonrisas y miraba para otros jóvenes, ahora nadie la mira ni puede sonreír. Entonces de brazo con

sus amigas recorría, tal vez, esta playa en busca de otras miradas y de otras sonrisas. Hoy es un despojo con poco de mujer, sucio, mal oliente, hasta causar repugnancia. Así son estas cosas humanas, estas fatalidades que están por encima de nosotros y nos hacen un día flor y otro día infecta corrupción.

Llegamos al extremo de la playa, allí pedregosa y casi del todo solitaria. Desde allí la costa era montañosa y se hundía en el mar hasta adquirir a lo lejos el tono de un suave azul. El manto del curita volaba a impulso del vendaval y fuerza le costaba sostenerlo y sostenerse él mismo para que no se lo llevara el viento. Volvimos en sentido contrario desde donde se desarrollaba a la vista toda la longitud de la playa. Zante no estaba con nosotros. Le busqué y no le ví. Al fin lo divisé

un poco más arriba de donde estábamos con el hocico en la arena escarbando sin descanso con sus patas delanteras. Luego se paraba y olfateaba la arena con gran persistencia. Llamélo con un silbido. Se paró, alzó la cabeza, me miró algún tiempo, y pareció vacilar. Volvíle a llamar una y otra vez con imperioso mandato. No resistió y vino hacia nosotros revelando en sus gestos verdadera contrariedad. Dió algunas vueltas a nuestro alrededor. Nos siguió algunos pasos y de nuevo desapareció. Poco después le volvimos a ver en el mismo sitio husmeando y escarbando como antes. Supusimos como muy probable que allí estuviera enterrado algún animalejo de los que suelen arrojar a la playa la gente poco cuidadosa de su humilde caserío. Nos acercamos, y cuando estuvimos en el mismo

sitio que ya Zante había hecho un hoyo no pequeño con el febril escarbar de sus patas. Pero nada asomaba que pudiera atribuirse a ningún animal muerto. Por su parte, Zante continuaba su tarea, y la arena escarbada saltaba a derecha e izquierda del hoyo cada vez más ancho y profundo. El curita se arrodilló y alargando su cabeza hacia el centro aspiró fuertemente el aire para ver si sentía algún olor infecto. Y, efectivamente, hizo un gesto de gran desagrado, y retiró la cabeza rápidamente.

Estando casi seguros de que se trataba de un animal, nos dispusimos a seguir nuestro paseo, cuando Zante descubrió con una de sus patas un trozo de tela de un color gris, percibiéndose entonces la fetidez de la corrupción con mayor intensidad. A todas estas la fuerza del viento aumen-

taba y empezaron a caer gruesas gotas de lluvia, aunque escasas todavía. En vista de la naturaleza de aquel hallazgo macabro que no podía pertenecer a ningún animal, el curita, diciéndome que iba a avisar a la primera casa corrió hacia ella, favorecido por la dirección del viento que era de la mar, no tardó mucho en desaparecer por la puerta entreabierta. Poco después salió un hombre y corrió hacia la espalda de la casa desapareciendo a los pocos instantes. Luego salió otro y una mujer, y, junto con el curita, se juntaron conmigo al poco rato. Traía el hombre una pequeña azada con la cual, y cuidadosamente, trató de extraer el misterioso envoltorio. Me costó trabajo obligar a Zante a que permaneciese a mi lado. Pocos momentos después el pescador dejaba completamente libre lo que ya nos cau-

saba horror y repugnancia.

Poco tardaron en ir llegando curiosos de todas castas y edades, estando en mayoría el sexo bello, que allí no era bello sino por excepción. Por respeto a nosotros, al curita sobre todo, no se hablaban sino en voz baja con ademanes de sorpresa y de indignación. Algunas se hablaban al oído y confirmaban o rechazaban con gestos harto expresivos, las confidencias. Desorientación, dudas, sospechas, era lo que reinaba en aquel ambiente de humildé gente de mar salida de sus casillas por aquel grave acontecimiento. Los muchachos se acercaban al hoyo y se tapaban las narices, fijos los ojos en el horrible envoltorio. El vendabal hacía volar cabelleras sueltas, pañuelos y enaguas. Cesaron por un momento las gruesas gotas que comenzaron a caer. El romper de las

olas era un bramar continuo de aquel mar enfurecido. Se veía a lo lejos correr gente hacia nosotros enterados ya del suceso sin saber por quien. Fué un reguero de pólvora. La tranquila playa conmovida intensamente, se agitaba, hasta en sus más apartados rincones terriblemente indignada y sorprendida.

Al fin, vimos venir corriendo dos guardias que iban a dar carácter oficial a aquel emocionante hallazgo. Apenas llegados, apartaron a la curiosa chiquillería con la gravedad que su oficio exigía, hicieron retirar a más distancia a los demás curiosos, y nos dijeron que ya se había ido a dar parte al juzgado para que se personara allí la autoridad competente, con su acompañamiento de costumbre. Yo le hablaba a mi curita sabio del modo siguiente:
¿No se imagina V. la amargura

de esa joven desgraciada a quien la sociedad cruel le prohíbe llamarse madre so pena de vergüenza y deshonor? Por eso ha hecho la infeliz lo que ha hecho. Después de engañada por un malvado, se ve rechazada por todos, parientes, amigos y conocidos. La ley le castiga, y los mismos que hacen la ley la rechazan, la desprecian, la afrentan, impulsándola de este modo a cometer el crimen que castigan, en vez de ampararla, fortalecerla, dignificarla, para que se llame madre con la cabeza muy alta y su conciencia bien tranquila, en vez de buscar al malvado que vilmente la engañó, dejándola desamparada en el arroyo, para dejar caer sobre él toda la dureza de la ley. No. Esto es injusto, cruel, indigno de una sociedad poseedora de una verdadera civilización, en cuya entraña están encarnados los eter-

nos principios de justicia y de humanidad. ¿No le parece a V?

—En parte puede que tenga usted razón, porque también hemos de pensar que si levantamos mucho la mano, en lugar de veinte casos habrá cincuenta. Eso quisieran muchos, don Luis. V. conoce el paño. La carne, como el hambre, es muy mala consejera, ¿Verdad que sí?

—También es verdad hasta cierto punto. Ninguna muchacha querrá verse económicamente desamparada, aunque desaparezca el desprecio y el deshonor. No son tan tontas. Y además, si al engañador se le castiga con la dureza que merece, sin oír a valedores influyentes, sean o no caciques, entonces no habría tantos tenorios brutales, aunque vistan frac o levita, o chaqueta, o blusa. Yo diría como mi amigo Nolo: ¡cuidado con eso! La mayoría de las

veces, las cosas andan como han andado siempre, no como debieran andar. Hacerlas entrar en vereda es el oficio de lo que llamamos progreso, quieran o no quieran los rutinarios, los paralíticos, los de espaldas vueltas. Lo digo hasta por Vds., y perdone.

—Ya conozco sus ideas, Don Luis, y no me ofendo. Ya sé yo los que, en realidad, tienen las espaldas vueltas. Pero dejemos esto. No niego que las cosas no andan bien en este punto. Y lo que usted propone me parece muy razonable, aunque sea contrario a lo corriente. Pero hace falta mucha escuela, mucha educación, hablar más de deberes que de derechos, derechos, y sobre todo, más sentimiento religioso, sí, señor, religioso, aunque a V. no le guste esta palabreja, palabreja. Nos han tocado muy malos tiempos, don Luis, muy malos tiempos.

—Eso es según el color del cristal... etc. Esa desgraciada joven, no estaría hoy en la mayor amargura, en una angustia infinita, si las cosas anduvieran derechas y no torcidas, si nuestros rancios legisladores krausistas, o qué sé yo que, no dijeran tonterías como la de que el criminal tiene derecho a la pena. ¿Entiende V. eso, señor cura? A lo que tiene derecho el criminal es que se averigüe la parte preponderante que tiene siempre la sociedad, tal como está organizada, en la comisión del delito. Porque el criminal no se inventa, no se crea criminal; no es obra de su voluntad, como afirma pomposamente la psicología espiritualista para uso de las señoritas. No, no. Los verdaderos autores son la naturaleza y la sociedad. El papel de la voluntad en ese asunto es completamente nulo.

Iba a replicarme el curita, cuando vimos venir con paraguas y chubasqueros toda la gente de justicia necesaria para estos casos. El juez era bajito y regordete. Alto y flaco el escribano. Lampiño aquél y barbudo éste. Apenas estuvieron junto a nosotros soltaron las nubes un aguacero tan fuerte, tan continuo y tan granado, que no tuvimos más remedio que abandonar la escena y correr hacia la casa más cercana para librarnos de aquel diluvio. Desde la puerta vimos los paraguas abiertos en el grupo y hacer lo que tenían que hacer lo más de prisa posible. Los curiosos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos huyendo de aquella tremenda lluvia que no admitía vacilaciones. La cerrazón era completa, y una niebla apenas dejaba ver a pocos pasos de distancia. ¡Oh, mi playa primaveral, lumi-

nosa y refrescante, qué lejos estaba entonces de mí! ¡Pero qué hermoso era también aquel mar bramador, aquellas furiosas olas orladas de espuma, aquel vendaval que parecía querer barrerlo todo, aquella lluvia diluvial y aquella neblina que lo envolvía casi todo para llenarlo de misterio! En todas las puertas la gente pescadora contemplaba el temporal, pensando en los que estaban fuera, en aquella mar enfurecida, despiadada y traidora. Poco después el grupo había desaparecido, y en todo lo que se podía ver, la playa estaba desierta, inundada por la lluvia y por las olas.

Muy cerca de dos horas duró aquel diluvio. ¡Cómo estaría Leda sin saber donde nos había cogido! El curita estaba intranquilo, inquieto, sentándose y volviéndose a levantar, porque tenía que ir al obispado llamado por el

Señor obispo para asuntos del oficio. Apenas cesó por completo la lluvia subimos más que de prisa en dirección de mi casa; y, a mitad del camino, el curita se separó de mí, y solo y con ansias esperado entré en casa.

VIII

TODO el largo caserío de la playa estaba soliviantado. Hacía unos ocho días que duraban las averiguaciones judiciales sin resultado alguno. Los comentarios eran interminables. Las opiniones muchas, las sospechas pocas y no muy fundadas, bastantes las ganas que resultase culpable alguna muchacha envidiada y aborrecida de algunas malas mujeres, y no faltaba alguna buena alma que deseaba ardientemente que no se diera nunca

con la infeliz engañada. En tierra, como en la mar, no se hablaba de otra cosa. Hasta los chicos, cuando reñían, decían a su enemigo: tu hermana fué. Yo mismo se lo voy a decir al juez. Ella tendría los oídos asaetados por los despiadados comentarios, y el corazón acongojado por el espantoso miedo de ser descubierta. ¿Era alguna de la playa? ¿Vivía lejos? ¿Se habría ausentado ya de esta tierra? ¡Oh, cómo lo desearía yo! ¡Cuánto no hubiera dado por saber que estaba ya embarcada, camino de América!

Una tarde entró Nolo en mi casa, y pasó a mi despacho después que Leda me lo hubo anunciado. Me pareció emocionado. Se sentó a mi lado, dándole vueltas a su sombrero entre las manos. No sabía seguramente como empezar.

—¿Qué hay, amigo Nolo? ¿Pasa algo? le dije.

—Pues de lo que se dice.

—¿Algo nuevo?

—Para mí, no, don Luis. Para V. y para todos sí, cuidado con eso.

—Diga, diga.

—Pues yo sé quien es la tal.

—¿Lo ha sabido hoy?

—No, señor, desde en principio. Oído con mis propios oídos y visto con estos ojos, cuidado con eso.

—A ver, a ver. Cuente, explíquese.

—Pues fué una noche cuando fuí a buscar cangrejo en el marisco de por allá con mi hachón de tea bien encendido. La mar estaba tranquila y me tocó una buena cosecha de cangrejo. Al volver a la playa me sentí cansado de andar de roca en roca, cuidado con eso. ¿Y qué hice? pues tenderme a la vera de un bote para descansar del ajetreo. Y vele aquí que oí unas voces de mujeres que muy

cerca parecían estar. Mirélas y fijéme en lo que decían. Y era así. --¿No nos verá nadie? Abramos el hoyo en la arena, pronto. ¿Está bien envuelta la criatura? Ponla a un lado y escarbemos de prisa.-- Me quedé sin gota de sangre, cuidado con eso. ¿Y quienes piensa V. que eran? Nada menos que la Gustina y su hermana Andrea. Y por lo que saqué en limpio la tal era la Gustina. ¡Vaya un golpe que recibí, ¡cuidado con eso! ¿Verdad que Vd. no lo hubiera creído, don Luis? Ni yo tampoco, cuidado con eso. La verdad por delante. No moví una mano para no hacer ruido. Tardaron, pero al fin enterraron el envoltorio, cubrieron el hoyo con la arena, lo apisonaron bien, caminaron encima para disimularlo y se fueron por la parte más solitaria de las pocas casuchas que por allí había. De un salto me puse en pie y huí casi co-

rriendo de aquel sitio que me ponía los pelos de punta. Disimulé bien en casa, pero la procesión iba por dentro, cuidado con eso.

—¿Y no ha dicho V. nada a nadie?

—Ni esto. No soy de esa madera, don Luis. Pescador soy, y pobre, y no conozco ni la a, pero mal hombre, ni soñado, cuidado con eso.

—Ya estaba yo seguro. Ni una palabra a nadie, a nadie.

—Como que la mujer no sabe ni jota. Estas condenadas enaguas son peores que cotorras, cuidado con eso.

—Hemos de hacer todo lo posible para salvarla. ¿Y el truhán ese, dónde está?

—Pues dicen que en la Habana. Y dicen que se ha casado, pero que ya no está con la costilla. Se fué a la otra banda con una sinvergüenza como él. ¡Qué mano

de palos le daría yo, cuidado con eso!

—Conviene que no la vaya usted a ver. Sospecharían. Lo mejor es dejar a la casualidad el medio de avisarla y decirle lo que debe hacer, si es que antes no se nos adelanta el señor juez, que es muy listo, y da con ella y nos la mete en la cárcel.

—¡Mire V que ponerla presa después de ser engañada por ese bandido, cuidado con eso! ¿No lo comprenden esos atufados jueces?

—Aquí no se comprende más que lo que ya no se comprende. Bueno. Muy bien ha hecho V. en confiarme ese secreto. Muy grave es el asunto, muy grave. Hay que ir con pies de plomo. Y, sobre todo, punto en boca; ni una palabra, ni al más santo de los santos.

—Así es, la verdad por delante. ¡Pobre Gustina! Y sobre que es algo parienta mía, es más buena

que el pan, cuidado con eso. Yo le aseguro, don Luis, que si llevo a coger a ese bandolero lo abro en dos como a un cangrejo, cuidado con eso.

Y dicho esto se levantó. Le di un fuerte apretón de manos, le acompañé hasta la puerta de casa, y poco después desapareció en el primer zig-zag del camino.

¿Y qué podía yo hacer para salvar a aquella muchacha? No veía ninguna posibilidad de lograrlo. Donde andaba ya metida la justicia era muy difícil intervenir ocultamente para que se le escapara su víctima. El menor paso en falso era la pérdida completa de la infeliz. Cuidado con eso, que diría Nolo. Algunos días de verdadera inquietud pasé yo entonces. Dos o tres veces tuve ocasión de ver a aquella *Gustina* desgraciada. Era morena, esbelta y linda de cara. Su padre trabajaba en

un taller de mecánico. Además de su hermana Andrea, tenía dos hermanos que trabajaban en el mismo taller que su padre. No había tenido más novio que el que la engañó tan vilmente. ¡Oh, qué recuerdos saltan a mi memoria! ¡Ella la engañada y yo el engañado! ¡Y lejos los engañadores! Yo puedo llevar la cabeza levantada. Ella no. Pero los dos llevamos algo muy amargo dentro del alma. Y ya sin salvación. A ella le espera la cárcel y la deshonra. A mí la soledad. Su tormento es mayor que el mío. ¡Cuántos vendabales tienen que sufrir nuestros pobres corazones! Se necesita ser de acero para seguir adelante. Y, sobre todo, cuando uno no sabe a donde tenemos que llegar. Todo miserablemente urdido, todo desesperanzado, todo, o casi todo, pequeño, insignificante, sin trascendencia en la universalidad

de las cosas. Y ante esta poquedad para el hacer, muy pocas almas superiores a esta poquedad para el hacer. ¿Nos hemos de redimir fuera de aquí? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Hasta dónde? ¿Hasta cuándo? ¿Y valdrá la pena?

Ya sé yo que a la mayoría de las gentes les aburren, les fastidian estos discursos, estos sermones que no sirven para nada, porque lo que a ellos les interesa es saber pronto lo que sucedió, con diálogos animados que van siempre a grano, y no con cansadas filosofías que tienen el único mérito de no ser leídas casi nunca. Pues yo les digo que no escribo este diario para darles gusto a ellos, los del querer saber lo que sucedió, ni para nadie, sino sólo para darme gusto a mí, para darme un poco de alivio a este intenso amargor que no me deja, y hasta para dar un poco de color y de realce a la mo-

notonía y vulgaridad de las cosas que pasan y en las que está siempre enredada nuestra vida, querámoslo o no lo queramos. Las horas de liberación son muy pocas, en las que se ha de dar un salto tremendo sobre la vacuidad de los sucesos, para entonces oír voces nobles, ansias elevadas, y rumores todos de exquisita y refinada significación. ¿Qué me importa lo que en esta vida sucede sino para contemplar lo que debiera suceder en un porvenir futuro, que lo más probable es que nunca llegue, y hacia el cual nos arrastra un destino superior que viene no sé de donde?

Cada hora presente trae su innovación, y como son muchas las horas presentes, son muchas las innovaciones. Cada una de estas horas presentes dura hasta años, como dura aquí dentro mi dolor. La generación de cada una de estas

horas cree que su hora es la única verdadera, definitiva, que persistirá en el andar de los tiempos, y que las demás horas son ya cosas nulas y sin valor, relegadas al montón de las equivocaciones humanas, sin pensar que al llegar la otra hora presente, la suya y su alegría y su dolor, serán también nulos y sin valor, relegados al montón de las equivocaciones humanas. Para mí, no. Todas las horas son presentes en el desenvolvimiento humano. Lo que ha brotado de la entraña nuestra, perdura. No hay más que un presente: el pensamiento y el sentimiento humanos encarnados en el tiempo. Yo escribo humildemente, para mí sobre todo, en el eterno presente de todas las cosas. Yo amo el pensar y el sentir de nuestra fibra espiritual sea del color que sea con tal que consiga agitar lo más hondo y elevado

de nuestra personalidad. ¿Qué me importan los nombres y el encasillado de cada una de esas horas? Lo que me importa es el hilo de oro que las engarza a todas.

Y sucedió lo que fatalmente debió suceder. La culpable fué descubierta, porque un chico declaró que por aquellos días, y a las mismas horas de la noche, había visto a Agustina y su hermana que pasaban no muy lejos de la última casa de aquella parte de la playa, y se dirigían hacia la orilla del mar. El las conoció porque las oyó hablar sin que le vieran. Bastó esto para que el juez le hiciera confesar su delito a la infeliz, acosada por sus habilidosas preguntas. Muy poco después la condujeron a la cárcel hasta que se sustanciara la causa criminal. En aquella humilde casa entró la amargura y la desolación sin esperanza de consuelo.

Por gestiones mías estaba dispuesto a encargarse de su defensa uno de los mejores abogados de la ciudad. ¿Cual sería el dictámen de los médicos después de examinar el cadáver de la criatura? ¿Nació muerta? ¿La mató su madre, o su hermana, o las dos juntas? Y si la mataron, ¿fué antes de cumplir los tres días de haber nacido o fué después? Porque la clase de delito y la pena varían bastante en uno u otro caso. Todo el vecindario de la playa se hacía lenguas de aquel extraordinario acontecimiento. ¡Agustina! ¡Quien lo hubiera creído! ¡Tan formal, tan bondadosa, tan seria! Parecía un sueño todo eso. Vivir para ver. ¡Desgraciada, desgraciada familia!

Un hermano de Agustina, de unos veinte y cuatro años, serio, de carácter decidido, y con cara de pocos amigos, había afir-

mado, según dicen, que el bandolero aquel de la Habana, un tal Julián, no lo contaría mucho tiempo. Costara lo que costara él se embarcaría y muy pronto. Se alistaría como marinero en el primer barco que fuera para allá. No lo contaría, no; él lo juraba. Efectivamente, cosa de un mes después, el futuro vengador desapareció de aquellos contornos, y nada más se ha sabido de él, ni su familia siquiera. Las gentes que le conocían no auguraban nada bueno. Y temían recibir de un día a otro noticia de algo terrible e irremediable. Esa nueva sombra se cernía sobre aquella desconsolada familia de la que ya había huído, tal vez, para siempre la paz y la tranquilidad del humilde y confortante hogar. Una hija querida en la cárcel, y allá en tierras lejanas, la amenaza de otro crimen, pero mucho mayor. La

pobre madre lloraba a solas sin consuelo. El padre se había vuelto mudo y alargaba el trabajo en el taller cuanto podía. Ya no había amigos ni distracciones para él. Hubiera querido no ver a nadie, ni hablar con nadie. Al otro hermano no le habían causado tanta impresión aquellos terribles sucesos. Su carácter resignado y alegre le permitía distraerse en todo lo que ama la juventud. Su hermana Andrea acompañaba a su madre en su dolor, pero sus amores, que databan ya de cosa de un año, aliviaban bastante su honda pena. Así estaban las cosas en aquella desolada casa.



IX

EL prometido de Leda hacía unos dos meses que estaba haciendo sus viajes de práctica en buques de vela. A pasar temporales, noches en vela, aguaceros, y, por encima de todo, males de ausencia, muy duros en los primeros amores de la juventud. El mar tiene sus encantos, y sublimidades hasta en sus cóleras. Yo no paso, ni quiero pasar de la pura contemplación. Soportar sus veleidades y traiciones, eso nunca. Y, sobre todo, sólo para que

otros se enriquezcan, a costa del trabajo de los demás. No, eso no. Hasta en las cosas más elevadas y puras, se mezcla siempre la zarpa baja y sucia del negociante. Repugna. Cuando la emoción que producen deben ser igualmente elevada y pura... ¡Ah, la realidad de la vida! ¡La industria! ¡El comercio! ¡La agricultura! ¿Para qué? Pues sólo para que siga habiendo industria, comercio y agricultura. Y llega la hora de rendir cuentas a lo desconocido, a lo profundamente desinteresado, para lo que toda ganancia de mercachifle es una vergüenza. Los astros se mueven, giran, se lanzan al infinito sin descanso, y no ganan nada, no conocen el valor, ni el tanto por ciento, pesadilla de los filisteos de por acá. La luz brilla y no cobra, el sol calienta y no cobra, el mar subyuga y no cobra, la flor perfuma y no cobra. Ellos

no han de fumar tabacos de Vuelta Abajo, ni comer riñones de colibrís, ni abonarse al teatro para charlar con los amigos aduladores, ni tener lujosos carruajes, ni troncos de caballos, menos caballos que sus amos, ni viajes para hospedarse en los más caros hoteles y asistir a famosas carreras hípicas. No, a ellos les basta su propia actividad. Y si tuvieran que alimentarse, sólo tomarían lo necesario para ser siempre activos en la armonía de las actividades universales.

Y el prometido de Leda estaba enamorado del mar, como su padre y como su abuelo. Hallarse en plena mar, con costas azules muy lejanas, era para él de un encanto inenarrable. Decía que aquello era no sólo la libertad completa sino la toma de posesión del mismo universo. Luchar con el mar y el cielo es como con-

vertirse en uno de ellos, en algo universal imperecedero. Y por eso estaba ahora navegando, y Leda triste y silenciosa. Daba vueltas en el jardín, cuidando sus flores, siempre ágil y encantadora, pero el canto había huído de sus labios. ¡Qué miedo le daba a ella el mar! Después del suceso de la playa lo aborrecía. Veía siempre en él a un enemigo, a un traidor, a un mónstruo con intenciones diabólicas. Y todo esto se había ahora recrudecido, con su Luis entre sus olas, a merced de sus cóleras traidoras, tal vez sacrificado por ellas.

Pasaron días, y ya se habían agotado los comentarios al extraordinario suceso de la desgraciada Agustina. La vida normal, pacífica y monótona había recobrado su imperio en la playa. Las barcas llegaban a medio día bien cargadas de pescado, toda-

vía saltando en el vivero del bote, y los pescadores los echaban en cestas, chorreando, llenos de vida. Algunos se salían de las manos y saltaban sobre la arena. Poco a poco, rodeaban los botes multitud de mujeres con sus cestos al brazo para comprar aquel apetitoso manjar viviente. ¡Cuántas veces, cuando niño, corría yo hacia aquellas mismas barcas y me llenaba los ojos con aquella alegría de peces plateados y vivos! Los mismos pescadores estaban allí; niños hechos ya hombres y otros, hombres ya encanecidos. Pero los timbres de las veces eran casi los mismos, los mismos eran los gestos y hasta los trajes marineros eran los mismos. Yo visitaba en aquellos días aquella gente amiga en la misma playa y junto a sus barcas. Leda me acompañaba con su cesto para llevarse un poco de aquel tesoro vivo goteando,

que era encanto de los ojos. Aquella brisa marina nos saciaba los pulmones y nos llenaba de salud y de regocijo.

Y un día nos fuimos de pesca en bote con Nolo y su hijo el náufrago por guías, desde el amanecer. ¿Cómo se había de quedar Zante en casa sin nosotros? Fué preciso llevarlo. Y tan bien se halló en su nueva habitación que no pareció haber conocido nunca otra. Por fin, tuvo que echarse y permanecer quieto junto a la popa. La pesquera que había elegido Nolo estaba retirada algo de la costa. El mar, tranquilo; el viento, apacible y refrescante. Yo no mareo. Leda estuvo pálida un par de horas, pero después se rehizo y pudo alegrarse pescando sin grandes molestias. Primero, una palometa más blanca y brillante que la plata; luego una galana saltarina y coleante; después

un sargo brioso con sus rayas negras en fondo plateado; luego, una vieja casi roja, con un gran piojo en el lomo, parásito de muchas patas blanquecinas hundidas en las carnes del infeliz animal, que no puede nunca desprenderse de él. Fué un verdadero muestrario. Leda los recibía con gritos regocijados, y con su poco de miedo, sobre todo, cuando su tamaño pasaba de la medida. Zante, al principio, trató de embestirles; luego se acurrucó algo medroso, y ya sólo los seguía con la mirada a todas partes, al parecer muy divertido.

Hacia algún tiempo que disfrutábamos de una pesca abundante, como pocas veces la había yo tenido, cuando Nolo, puesto de pie, exclamó: ¡Una manta! No asustarse, cuidado con eso. No hace daño. A ver. Será como la mitad del bote. La cogemos. Le-

da dió un grito llena de miedo. Yo me levanté y la ví a flor de agua, como jugando con sus anchas y curvas aletas carnosas, guarnecidas de verdaderas aletas continuas, como una orla. Tenía el color gris y negro el lomo. A veces, levantaba una cola delgada y larga como la de un enorme lagarto. Leda, al fin, pudo verla. Se separó de la borda, llena de miedo. Nolo preparó un gran anzuelo que siempre llevaba de repuesto, atado a un fuerte cordel; le ensartó una palometa, y lo arrojó al agua a poca distancia de la raya. No tardó mucho ésta en hundirse y poco después sintió Nolo un tirón violento que le hizo afirmar bien el cordel en la mano. El animalote, ancho y chato como una manta, estaba cogido. No había ya salvación para él. El inmenso mar le quedaba ya reducido a unos cuantos metros

de los cuales ya no podía salir. Perdió todo un mundo en una trampa de unos cuantos palmos.

Al principio, se dejó arrastrar sin ninguna resistencia, nadando él mismo hacia el bote, como si estuviera completamente libre, tan suave era su andar. Pero apenas estuvo cerca de nosotros, empezó a agitarse tan furiosamente que temimos rompiera el cordel y se nos escapara. El susto de Leda crecía por momentos. Huía de la borda con verdadero espanto, y no hacía mucho caso de nuestras palabras tranquilizadoras. Cuando el enfurecido animal estuvo a nuestro alcance, ató Nolo el cordel en uno de los estobos, empuñó un remo, lo alzó cuanto pudo, y lo descargó con toda su fuerza en la cabeza picuda de aquella especie de trapo vivo, que se revolvía furioso agitando el agua. Siguieron a aquel nuevos y vio-

lentos golpes, y no cesaron hasta que el infeliz cesó de agitarse y se quedó tendido como muerto.

Leda empezó a tranquilizarse y se atrevió a mirarlo más cerca de la borda. Zante también lo contemplaba dando algunos ladridos. El hijo de Nolo tenía cogido el cordel junto al estrobo, y miraba todo sin decir una palabra, con esa atención absorbente de la gente acostumbrada al contacto de las cosas de la mar. Nolo dejó el remo tendido en el bote y se sentó exclamando:

—¡Buena pesca, don Luis! ¿Ya se fué ese miedo, señorita? Grandote es el peje, cuidado con eso, pero ya no hace daño a nadie. Allá en la playa no lo creerán. ¡Una manta como esta! ¿Qué hará usted de este animal, don Luis?

—Lo mandaremos a disecar y se lo regalaremos al Museo de Historia Natural. Es un ejemplar

magnífico. ¡Lo contento que va a estar mi amigo el Director! Ya lo verás disecado, Leda. Entonces no le tendrás miedo, ¿verdad?

—Ni ahora tampoco, replicó Leda riendo

¡Vaya un heroísmo!

—Tiene razón la señorita: ni ahora tampoco, cuidado con eso, exclamó Nolo con mucha risa.

—Ahora a tierra. Ya son las doce. Y no podemos quejarnos de la pesca. Así quisieran todos. ¿Cuántos kilos habrá, Nolo?

—Pues por mi gusto habrá sus cuatro kilos

—Bueno, al avio, a bogar.

Nolo y su hijo calaron los remos y a buena marcha nos dirigimos a la playa ansiosos de que admiraran la gran pesca que habíamos hecho.

El bote se deslizaba blandamente dejando una ancha estela tras la enorme raya que iba arras-

trando. A propuesta mía se izó la vela que, después de gualdrpear un rato, tomó de lleno el viento, se escoró un poco el bote hacia ella, y así, mecidos por una mar en bonanza, fresca y viva la brisa, inundados de luz, y en aquel momento de verdadero regocijo de que hasta Zante participaba, nos deslizábamos rápidamente sobre aquellas aguas azules en demanda de la playa. Los ojos negros y profundos de Leda se abrían chispeando, sedientos de ventura, de esa dicha sonrosada que la juventud crea y embellece y destina para la continuidad toda de la vida, sin sombras ni cosas negras que destrozan el corazón. A mí también se me dilataba el pecho como si todo fuera luz dentro del alma, como si una mano misteriosa hubiera adormecido el intenso dolor de mí bien perdido. Nolo encendía su cigarrillo al pa-

recer regocijado y su hijo permanecía silencioso y casi inmóvil. Zante dormitaba, pero abría de cuando en cuando sus escrutadores ojos y nos miraba plácidamente.

Yo hubiera deseado que aquel andar tan dulce hubiera durado eternamente. Pero cada minuto nos acercaba a la realidad, a las cosas azules y a las cosas negras y a las cosas grises, entre las cuales hemos de vivir todos querámoslo o no lo queramos. Muy cerca de nosotros pasó otro bote a la vela. Llevaba tres jovencitas y dos marineros. Iban cantando. Una de ellas hundía una mano en el agua y luego rociaba a sus dos compañeras que recibían con chillidos las salpicaduras. Como llevaban otro rumbo, se alejaron pronto de nosotros. Todavía se oían sus voces frescas y alegres. Más tarde, pasamos cerca de una

gran roca en donde se veían dos pescadores de caña, descalzos y con las piernas desnudas hasta la rodilla. Uno de ellos sacaba en aquel momento un pez de regular tamaño, blanco y brillante como la plata. El animalito coleaba en las manos del pescador. Pasamos después por un sitio donde se veía el fondo como a través de un cristal. Vimos grandes erizos negros y otros verdosos, con sus grandes púas, entre algas amarillentas y rojas. Al fin llegamos a la playa. Se varó el bote y saltamos.

¡El gentío que se reunió para contemplar aquel enorme y extraño animal! Toda la playa estaba a su alrededor. Aun muerto, le tenía miedo la chiquillería. Y no digo nada cuando de pronto se estremeció levemente levantando su larga cola. Huyó toda la gente menuda, como si se hubiera soltado allí un tigre hambriento. Los

hombres rieron e hicieron como si azuzaran al animal, si no muerto del todo, muy cerca ya de dar el último aliento. Nosotros estábamos orgullosos de aquella extraordinaria pesca. Nolo contaba a sus compañeros cómo ocurrió aquel memorable suceso, y el naufrago rodeado de muchachos como él hacía también historia de aquel lance extraordinario. ¡Qué algazara! ¡Qué ir y venir de curiosos! A distancia volvían muchos la cabeza y señalaban el sitio donde estábamos. Las mujeres decían.—¿Se come eso?—¡Cristiana, eso no sirve sino para gatos y perros!—Pues se trabuca V., señá Olores, esa carne es sabrosa y como manteca. Si lo sabré yo, que mi hombre cogió una como dos de esa. — Esos son cuentos. Ni V. ha visto nunca un pejote como este, ni lo ha probado en su vida. Y así seguían los co-

mentarios. Poco a poco, fueron disminuyendo los curiosos. Expliqué a Nolo lo que debía hacer de la manta y a quien llevarla para que la disecaran, y muy satisfechos regresamos a casa.



X

UNOS tres meses habían pasado de aquella plácida y alegre fiesta en el mar, siempre recordada con encantado regocijo, como luce una estrella en el crepúsculo del atardecer. Leda seguía recibiendo cartas de su prometido de los puertos en que había tocado. Ahora estaba a punto de llegar de su largo primer viaje, en el que, según cuenta, sólo habían tenido un verdadero temporal, afortunadamente sin consecuencias,

Paso las horas escribiendo este diario, amigo consolador, recorriendo esta finca nuestra que se extiende a espaldas de nuestra casa, y leyendo, leyendo mucho, de cosas bellas y de cosas sugestivas y profundas. ¡Qué horizontes no me han abierto las hipótesis y las teorías modernas, el alto vuelo de los grandes pensadores y las espléndidas creaciones del arte, de la literatura y de la poesía! ¡Cómo se conforta y se serena el alma en este inmenso piélago de cosas bellas, de pensamientos profundos y de verdades trascendentales! Todo puro, todo desinteresado, todo noble, todo lleno de tolerancia y de perdón para los que han sucumbido con los vicios y las degradantes pasiones. Sólo los nullos, los pedantes, los filistéicos, no perdonan. Tienen una moral rastrera, que es la que sólo perciben sus miradas hacia

abajo, hacia lo pequeño, hacia los rótulos y las fórmulas tradicionales, hacia el imperativo de lo exterior, de lo visible y de lo sancionado por la terrible e insignificante vulgaridad.

¡Ayudar a levantarse sin mentar la caída! ¿Quién es capaz de tamaño heroísmo entre esos nulos, esos pedantes, esos vulgares? Podrían creerles contagiados con la misma mancha. Y lo que importa para ellos es vivir bien con la opinión pública. Sólo el hombre fuerte y recto, el hombre que sólo mira su interior, la verdadera entraña de su cualidad moral, importándole muy poco el vocerío del vulgo alto y bajo, es el que da la mano con firmeza, con resolución, con hermandad y con la más alta y noble misericordia. ¡Ah, sí! Por eso yo perdono de corazón y con el entusiasmo de lo altamente recto, noble y de pro-

fundo sentimiento humano. ¡Oh, tú, mujer, que caíste por la fatalidad de las cosas vulgares que os dominan y arrastran con la fuerza de un ciclón, yo te perdono con el alma entera y te amo aún con la misma pasión juvenil con que entonces te amé! Sí, las grandes cosas del espíritu han serenado mi alma, con esa serenidad que estaría bien a un dios, y que salta por encima de las trivialidades de esos estériles, para imperar en las alturas de lo eternamente bueno y regenerador. Tú llenas siempre mis horas de solitario y de desterrado. A tí va a parar siempre el hilo que enlaza todo cuanto por mí pasa en el andar monótono de la vida.

La adversidad no ha permitido nunca que una sola vez supiera de tí. Es algo como si te hubieras hundido en un abismo negro y profundo. Es algo como si hubie-

ran querido arrancarte de mi memoria, desvaneciéndote en las cosas ya desvanecidas. Y una mezcla de imágenes contrarias, y penosas todas, se balancea en mi mente para ensanchar más mi imborrable herida. Te veo rica en casa lujosa, con magníficos trajes y aduladores que te buscan para satisfacer sólo su vanidad. Otras veces te veo pobre y solitaria, en el rincón mezquino de una casucha, con un hijo tuyo en brazos, firmemente arrepentida, con los ojos abiertos al engaño del malvado que trunció toda tu vida, trabajando llena de ardor para vivir honesta y honradamente en el tumulto de las pasiones y egoísmos despiadados. Otras veces, te veo enferma, sin carne, con los ojos hundidos y el semblante pálido y descompuesto en la cama limpia de un hospital, con las cortinas entreabiertas y una Herma-

na de la Caridad sirviéndote una taza de caldo con una sonrisa alentadora y esperanzada. Otras veces, te veo llegar a estas playas pobre y desvalida en busca de paz, de olvido y de consuelo para el resto de tus días. Y venir a mí decidida y resuelta, con el alma dolorida, y arrojarte a mis pies, y pedirme perdón llenos tu ojos de lágrimas y con el rostro oculto entre tus manos. Eras, a la vez, como la de antes y como la de ahora, confundidas y al mismo tiempo separadas, como en un sueño extraño y sobrenatural. Ví en tu pecho la flor roja que llevabas entonces y al mismo tiempo un pañolón deslucido, desgarrado, va sin color. Y no eran más que una sola, tú misma. Te alcé acongojado, te estreché entre mis brazos y te besé en la frente como una madre al niño que va a dormirse. Ya ves cuantas visiones

tuyas vagan por mi imaginación, siempre sediento de tu incierta realidad. Leda es luz para mí. Tú recuerdo es la sombra de todos mis días. Yo no sé, ni quisiera saberlo, que es lo que nos guarda el destino para nosotros tres.

Aquella tarde estaba yo inquieto, como si un gran peso gravitara sobre mí, y tenía deseos, no de aire libre, sino de un cambio de ambiente, de reposo, de recogimiento, de soledad, sin saber a ciencia cierta a que atribuirlo. Llevamos siempre en la penumbra y hasta en las densas sombras de la inconsciencia motivos desconocidos que nos arrastran en un determinado sentido, como si nos condujera una voluntad extramundana para realizar fines fuera de nuestro alcance, aunque, en realidad, hablando desde una altura incomensurable, nada parece haber en el universo que sea dig-

no de fines trascendentales. ¿Para qué? ¿Y después, qué? Con fines o sin fines, todo es huero e insignificante. Los mismos fines son insignificantes. Lo que es, sin saber por qué ha sido, igual a sí mismo siempre, produciendo eternamente, lo mismo, porque, por su naturaleza, no puede producir otra cosa, es igualmente insignificante. Es sólo un juguete para niños, muy grande, monótono y aburrido en su siempre repetida variedad. ¿Qué se perdería si se anulara el universo entero? ¿A quien haría falta? ¿Qué trastorno causaría? Aunque las cosas sean necesarias, no contingentes, como se suele afirmar de la mayoría, la misma necesidad puede ser suprimida sin trastornos ni lamentaciones de nada ni de nadie. Todo está de más.

Pues yo me hallaba como impulsado por una causa oculta, ve-

nida o no venida de otro mundo, a otro ambiente, al reposo, a la soledad y al silencio. Y guiado por algo instintivo, una vez fuera de casa, me eucaminé hacia la humilde iglesia del púlpito blanco y dorado. La tarde era hermosa, tibia y apacible. En la plazoleta frente a la iglesia, entre cuyas baldosas crecía la yerba, jugaban unos cuantos chiquillos, chillando, corriendo y quitándose los puestos. Eran como una bandada de pájaros. Las puertas estaban abiertas y se oía dulcemente el órgano. Entré. Muchas mujeres y tres o cuatro hombres nada más. Debía de ser aquello una novena. Yo me senté en el último banco completamente desocupado. El curita sabio hablaba con gran entusiasmo del gran padre San Agustín, escritor y polemista de primer orden. Nada dijo, porque no lo creería oportuno, de que

aquél grande hombre de tanta fé, fué maniqueo, es decir hereje, durante unos siete años. Según se cuenta, un pasaje de la Biblia le convirtió, seguramente ayudado de su madre Santa Mónica que era cristiana. El curita se expresaba fácilmente, y su forma, si no era elegante ni emocional, era correcta y persuasiva. Es un orador de inteligencia, no de corazón. Para la gente llana no son estos los oradores de su predilección. Necesitan que los haga llorar, o por lo menos suspirar, con algún ¡ay! conmovedor. De todos modos, le escuchaban muy atentos.

Yo esperé hasta el fin. Una hora después la iglesia estaba desierta y silenciosa. La luz que penetraba por un ventanal de vidrios de colores estaba ya amortiguada por el atardecer. El púlpito blanco y dorado aún recogía un ancho rayo azul que se extin-

guía al pie de una columna, al otro lado de la nave central. Brillaban los bancos lustrosos por el uso. El altar mayor todo oro, chispeaba con aquella luz suave que, por momentos, iba debilitándose. ¡Qué paz! ¡Qué silencio! ¡Qué soledad! Algo me molestaba algún santo barbudo y charramente vestido. Algún angelito me pareció un hombre chico, como los dos que hay en el grupo de Laocoonte. No tan exagerado, digámoslo en honor de la verdad. En las paredes se veían algunos cromos de muy mal gusto, pero que eran seguramente para aquellos feligreses muy dignos de veneración.

Aquel era el ambiente que yo buscaba hacía unos días. Nada de religiosidad, puedo asegurarlo. Eso quizás hubiera perturbado la serenidad que anhelaba con tanto ahinco. Aquel apartamien-

to, aquel retiro, aquella luz, aquel no ser sociedad, ni comercio, ni taller, ni casino, ni paseo, ni oficina, ni cuartel, era lo que me hacía bien y me confortaba llenándome de fé en mi mismo en el devaneo de todas las horas de mi vida. Aquella paz era para mí regeneración, vigor, persistencia en los propósitos, en las resoluciones de orden superior, heroicas para el pensar común. Aquella serenidad de espíritu era en mí una fuerza, y una fuerza que había de durar. Hay que acudir siempre, y antes que todo, a nuestros propios recursos, a lo contenido en la misma naturaleza de nuestra personalidad racional y consciente para tener derecho a ser el único y verdadero autor de toda nuestra vida intelectual y moral. El consejo es sólo un dato para la determinación. El mandato es una esclavitud. El único dic-

tador es la razón, la única fuerza coactiva es la verdad. Obedecerles es obedecernos a nosotros mismos. La verdad y la razón son los únicos dioses en esta corta y enturbiada vida. El que diga que la razón es una piltrafa, confiesa que él mismo es una piltrafa y no muy elevado el creador de esa piltrafa. Porque crear una piltrafa y regalársela a un ser inteligente para que husmee la verdad en el universo, es algo indecoroso, si no una burla. La razón es la revelación divina, dijo Séneca. En realidad, todo lo que el hombre es, y lo que pueda ser en lo futuro, se lo debe y se lo deberá únicamente a la razón y a lo visto por la razón: la verdad. Hasta los actos más puros, desinteresados y heroicos del sentimiento están en completa armonía con los fecundos y luminosos imperativos de la razón. No existe lucha entre

el corazón y la cabeza más que en los egoístas, en los metalizados, en los cerebros vacíos, en una palabra, en los degradantes filisteos, que constituyen todavía la inmensa mayoría de los humanos. Esas son las únicas y verdaderas piltrafas.

Estas mismas reflexiones se urdían en mi mente en el seno de aquella soledad y de aquel silencio entre cosas sagradas, en aquel instante de verdadero aliento místico. Yo no sentía deslizarse el tiempo, porque la inmovilidad está por encima del tiempo. Hubiera querido estar así, no horas, sino días enteros, como deseé que durara días y días nuestro regreso en bote a la vela de aquella pesca afortunada. Pero el deseo espera y la realidad manda.

A poco apareció en el portal que da a la sacristía el curita sabio. Más que de prisa se dirigió

hacia mí, y después de los saludos de costumbre, me dijo con cara encogida y de mal talante:

—¡Muy malas noticias, D. Luis!

Me dió un vuelco el corazón. Creí que al piloto le había sucedido una desgracia.

—¿Qué noticias son esas?

—Pues que aquella pobre infeliz se ha marchado de casa de su pariente. ¿Que digo marchado? Ha huído, huído. Esa es la palabra.

—¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?

—Algo muy feo, muy repugnante, don Luis.

—Con ese hombre todo es posible. A ver, cuente.

—Vaya, vaya, la sociedad está perdida, lo que se llama perdida. Sin los principios religiosos no hay salvación. Las costumbres pervertidas, la moral por esos suelos, las conciencias pisotea-

das, y el vicio, las pasiones y el santísimo dinero en lo más alto. ¿No es esta la pura realidad?

—Pues entonces, muy amigo mío, perdió el tiempo Cristo viniendo al mundo. ¿De qué ha servido entonces su religión? Pero diga, cuente.

—Porque los hombres son muy malos, y el demonio muy despa- vilado.

—Eso lo sabía Cristo antes de venir. Cuente, cuente.

—Vaya, vaya. ¿Pues no lo había de saber? Sus razones tendría. Pues su señor pariente, al poco tiempo de estar la infeliz en su casa de campo, y como es realmente guapa, empezó a requebrarla y muy pronto a perseguirla descarada y cínicamente. Vaya, vaya, con el hombre.

—Lo que él quiere es que todo sea propiedad suya.

—¿Hasta donde cree V. que lle-

gó ese caballero, llamémoslo así? Pues asómbrese V.: hasta decirle que le pondría casa, bien alojada y bien servida, con el ítem de darle una buena cantidad para el porvenir y educarle su hijo como si fuera propio. ¿Qué tal? ¿Es poco generoso este diputado a Cortes, este acaudalado banquero y propietario, este verdadero demonio repleto de oro? Vaya, vaya, don Luis. Diga V. las herejías que quiera, el mundo está dejado de la mano de Dios. Ya no sabe uno a donde volverse.

—Pues que no lo deje Dios de la mano, lo que, entre paréntesis, sería su deber. Y entonces se podría V. volver a cualquier lado. ¡Canalla! Y para esos no hay cárceles, ni presidios, ni siquiera desconsideración, ni desprecio, ni repugnancia, por parte de esa sociedad brutal e hipócrita. Su religión de V. ha convertido a muy

pocos de esta gentuza de la riqueza, de la posición y del poder. Son invulnerables, inconvertibles. ¡Conque ponerle casa, darle dinero, educarle a su hijo! Promesas de malvado. Poco duraría eso. Y luego, al arroyo. Un desperdicio más. Conozco el paño. ¡Ah, miserables! No bastaría escupirles la cara. Sería preciso hacerles servir de esclavos a un tirano soez y brutal, hasta con su isla de Capri, para completar su servicio. ¡Más que canalla! ¡Y ella huyó! ¡Valerosa mujer! Más que valerosa, heroica.

—Así es la verdad: heroica. Huyó. Y a los pocos días vino aquí, a la iglesia, a contármelo todo, entre sollozos, pero entera y firme en su resolución, prefiriendo la pobreza y hasta la misma miseria, antes que vivir de ese modo ni con malvados repugnantes ni con no malvados. ¿No

es admirable? ¡Vaya, vaya! Eso se llama una mujer. Y lo poco que abundan por estas tierras...

—De todo hay en la viña del señor, como suele decirse. ¿Y qué va a ser ahora de esa pobre criatura, con su hijo ya grandote para más agobio? En cambio, V. y yo vestimos, comemos y dormimos sin apuros, tranquilamente, para mayor escarnio de los que no tienen un trozo de pan que llevarse a la boca. Ustedes todo lo arreglan con que en el cielo tendrán que comer hasta saciarse y eternamente. Chistosa medicina. Pero todos buscamos la medicina de aquí abajo, por lo que pudiera suceder. Y si hay muchísimos que no la encuentran, según Vds., esos que esperen la de allá arriba, aunque aquí abajo se mueran de hambre. Esto sí que es estar dejados de la mano de Dios y de la del Diablo, si me lo permite, y perdone.

— ¡Siempre este don Luis con esas salidas! ¿No sabe V. que Cristo dijo: siempre habrá pobres entre vosotros.

— Pues muy mal dicho. Y siendo Dios, muchísimo peor.

— ¡Vaya, vaya! Muy graves razones tendría El para decirlo... Pues ahora está con una conocida que vive en un barrio muy apartado. Pero me ha dicho que un día de estos vendrá a verle a V. por si todavía piensa en admitirla en su casa, como se lo ofreció por mediación mía. ¿Usted que dice, don Luis?

— Que estoy en lo mismo, que la admitiré en casa. Puede venir cuando quiera.

XI

Luis había llegado de su primer viaje de prácticas en buque de vela. El regocijo de los novios era desbordante. El marino regresaba más fuerte, más grueso, más moreno y más firme y decidido en el andar y en todos sus modales. Era más hombre. Y esto halagaba y enorgullecía a su prometida. ¡Qué apuestos y arrogantes los dos en los paseos que dábamos por el campo y por la playa! ¡Cómo les rebosaba la alegría y la satisfacción! En el campo co-

gían florecillas silvestres para que Leda llevara un ramo a casa, lo más lindo posible. Luis cogía también algún pedrusco raro para su colección. Y una tarde tuvo la suerte de encontrar un hacha de piedra pulmentada, del periodo neolítico. Por nada del mundo se hubiera desprendido de ella. Leda reía un poco de esta extraña afición a piedras sucias y feas y sin ningún valor. Le parecía mucho más agradable coleccionar estampitas de cuadros célebres o de mujeres hermosas que traían algunas cajillas de cigarros. Luis también reía. Y así volaban las horas llenas de placidez y de alegría, sin pensar en lo que podrían traer las horas que vendrían. A pesar de mi negra desconfianza, lo veíamos todo entonces de color de rosa.

En la playa pagaban el gasto las conchas, aunque abundaban

muy poco en aquellos parajes. Corrían de un lado para otro, se bajaban, se alzaban, dando Leda alegres chillidos cuando encontraba algún caracolillo de mediano tamaño y de lindo color. A veces, una ola deshecha en espuma remojaba descaradamente los zapatos nuevos de Leda, dejándola un poco de mal humor que desvanecía muy pronto la desbordada alegría de los dos. En viendo el mar, estaba el marino a sus anchas, en toda la plenitud de su vivir joven, fuerte y satisfecho. ¿Qué podía desear más? Todas las cosas apetecidas estaban en sus manos: medios económicos suficientes, carrera elegida con vocación, amor correspondido y lleno de esperanzas; plena libertad en sus actos, sin impertinentes exigencias paternas. Era, en lo que yo pude apreciar, muy religioso mucho más de lo que sue-

le ser la mayoría de los jóvenes. Indudablemente, influyen no poco en esto las soledades y el silencio de la mar, cuando ni una costa lejana perciben los ojos. Es una inmensidad que hace elevar el pensamiento hacia otras inmensidades desconocidas por encima de nosotros allá en las alturas. Era religioso pero no beato ni fanático. Y Leda se complacía con este modo de ser, porque también era religiosa, y en la religión encontraba verdad, belleza y esperanza. Su corazón de mujer amaba el misterio y enardecía su fé, que tantos consuelos le proporciona. ¡Hermosa pareja!

Como ya habían pasado unas dos semanas sin que hubiera recibido la visita de la recomendada del señor cura, casi me había olvidado completamente de ella. La alegría de esta casa era tan absorbente y con tales muestras

de ser duradera, que todo asunto extraño se desvanecía ante el intenso goce de aquel regocijo prometedor. Ha sido el periodo de mi vida en que no sentí ni el más leve rumor de las horas que pasaban, y pasaban en su silencio siempre amenazador. Es que la alegría de los prometidos me envolvía, me penetraba y me llenaba los ojos y el corazón. Mis lecturas me deleitaban mucho más, la redacción de este diario romántico, tan del gusto mío, sin las menudencias indigestas de una realidad hipertrofiada, me llenaba de emoción placentera que parecía hacer de mí un hombre nuevo, sano, con la visión de un porvenir claro, diáfano, libre de sombras inquietantes. Volvía el alegre canto de Leda en el jardín, mientras regaba sus plantas y contemplaba sus flores. El mismo Zante parecía más bullanguero y

andarín. Seguía a Leda por todas partes dando saltos sin dejarla tranquila un momento. Me parecía el cielo más azul, la luz más diáfana, el aire más vivificante, el mar más arrullador. ¡Qué bien se vivía y se saboreaba entonces la vida!

Cuando una de aquellas deliciosas tardes, estando yo en mi despacho, me anuncia Leda que una mujer deseaba hablarme. Saltó en mi memoria el recuerdo de la huida de la casa del lobo aquel sin pizca de verdadera condición humana. ¡Al fin podré amparar a una criatura desamparada, a una infeliz madre, a un corazón destrozado. Es preciso aniquilar un destino negro como la noche y sin entrañas. Para algo está aquí la mano fuerte y compasiva de un ser humano, que ama y se sacrifica. Lo que damos no lo damos, nos lo dan. Es nuestra grandeza

revelada por la dádiva. Antes de dar no somos nada. Después de dar lo somos todo. El filisteo yo se ha convertido en deidad tú. Eramos la cobardía y somos el heroísmo. Eramos esclavos y somos libres. El avaro miserable que hasta a sus hijos si los tiene, niega lo más necesario, o lo aplaza cuanto puede, que no regocija al niño con el dulce o con el juguete, que, con su avaricia, ennegrece al joven toda su juventud, que no siente el dolor ajeno y lo desampara, que hace de la moneda el único ídolo de toda la vida, y la guarda y la esconde para que se amontone en la infecundidad y en la dureza de corazón, ese miserable no es un ser humano, está mucho más bajo que la bestia, es mucho más cruel que un tigre hambriento. Si lo oís, toda su avaricia es pura previsión para el bien futuro de sus hijos, es de-

fenderse de tantos falsos pobres y de tantos falsos enfermos que prefieren vagamundear que acogerse a los benéficos asilos; es para predicar con el ejemplo que sólo los gobiernos deben dar a los ciudadanos que lo necesitan, si es que no mienten, porque él no se fia de nadie en esto de pedir; es que el dinero es suyo y quiere guardarlo, y que los demás hagan lo mismo. Lo que es él no se dejará nunca saquear.

Entró en el despacho aquella mujer, tal como la ví postrada en la capilla de la iglesia: el mismo traje y la cabeza igualmente cubierta. Pero aquí le veía yo el semblante pálido, de una belleza atrayente, pero con una expresión de congoja que apenaba. Me miró fijamente un momento, como si quisiera despertar en mi memoria un recuerdo profundamente dormido, y luego se adelantó

hacia mí, que estaba de pie ante mi mesa, y exclamó angustiada: ¡Soy yo, soy yo! Y cayendo de rodillas a mis pies, balbuceó: ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! y ocultó su rostro entre las manos.

Me estremecí. Un instante quedé inmóvil y en suspenso quedaron todos mis sentidos. Pasó por mí un vértigo angustiioso. El corazón apresuró sus latidos, y pareció luego detenerse. De pronto, una ola de profunda emoción inundó mi alma, me bajé, la así por los brazos, la alcé ante mí, y la estreché fuertemente sobre mi pecho, besándola en la frente y exclamando: ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Y el llanto brotó de mis ojos y se unió al suyo amargo y sin consuelo. Fué un desbordamiento de dolor y de alegría, de tortura y de regocijo, silenciosos por mucho, mucho tiempo, ocultos, estrechados, ahogados, en lo más hondo de

nuestras almas. Al fin, separándonos, exclamé:

—¡Tú, tú aquí! ¿Cómo?

—Echada por la necesidad. ¡Oh, perdón, perdón! Dime que me perdonas, dímelo.

—Sí te perdono. Te perdono con toda el alma. Y la volví a estrechar entre mis brazos, con toda la fuerza de un amor perdido y recuperado. ¡Pobre caída! Para ella no podía haber ya consuelo. Sus lágrimas no se secarían. Las mías sí. ¡Quién pudiera devolverle la serenidad perdida!

—Yo no he dejado de pensar en tí, dijo sollozando. Te hice traición, pero...

—Deja, deja. Dime eso, repítelo, que has pensado siempre en mí que no te he olvidado ni un solo día...

—Yo no lo merezco, no, no. Y recrudeció su llanto y su congoja.

—Vuelves a mí y yo te abro mis

brazos, te los abro así. Y después de abrirlos, la volví a estrechar contra mi corazón.

Todo aquello me pareció un puro sueño, una creación de mi fantasía, de las que tantas forjaba yo en la soledad de mi retiro, llena el alma de dolor y de secretas esperanzas. ¡Y era verdad! ¡Era ella! ¡Mi primero y único amor! ¡Y cuán cambiada! Era siempre hermosa, pero con una hermosura seria, grave, sin el menor deseo de que la contemplaran para alabarla. ¡Qué transformación tan profunda y tan atractiva! Libre su cabeza de tocado y su busto del pañolón, se me apareció de una esbeltez singular, que llenaba los ojos de encanto. ¡Oh, sí, y hasta brotaba de su persona un deleitoso perfume de pureza, no me desdigo, de pureza, de esa pureza cuya fuente está más en el alma que en el cuerpo. Huyó de

mí impura, y el destino me la devuelve de una pureza invulnerable, de una castidad firme, inquebrantable. ¿Cómo ha sido eso? Oh! es que ella era eso en el fondo de su naturaleza. Pero un vendabal juvenil de mentiras irresistible se la llevó perdida la conciencia y segura de no ser engañada. Ella lo decía claro con la nueva realidad de su existencia. Bastaba verla en su serenidad y en su firmeza. Era imposible ya el engaño. Rebosaba en toda su persona una conciencia despierta, vigilante, dominadora, que parecía decir: ahora soy lo que en realidad soy, lo que hasta el fin seré.

¡Y yo te creo mi adorada y soñada compañera! Esos ojos tuyos de ahora no mienten, son más verdad que la misma verdad. Esos labios tuyos de ahora son tu misma alma sana, buena, fuerte, incapaz de doblez ni de mentira. Aque-

lla visión de tí que la realidad me trajo de un golpe, en aquella hora inolvidable, me dijo todo lo que tenía que decirme, todo lo que tenía que revelarme. Eras la nueva tú santificada por la nueva verdad tuya, ya dueña y señora de toda tu vida. Como yo te ví, te viste tú desde tiempo hacía, y seguramente, como nadie sospechaba que tú eras. La vida tiene esas cosas extrañas, esos trastornos tan profundos, esos juegos tan misteriosos y desconcertantes. Imposible engañarse. Imposible que tú mintieras. Hay seres que hablan una vez para siempre. Tienen una sola palabra por que tienen una sola verdad. Son, en cierto modo, eternas.

Durante muchos días estuve como soñando. Como un sonámbulo vagaba por toda la casa, y por el campo, y por la playa. Por todas partes la encontraba, por to-

das partes la veía, esbelta, hermosa, con una sonrisa algo triste, amable siempre, desviviéndose por dejarnos en todo contentos. A Leda le encantó su carácter y toda su persona. Por de pronto, nos mirábamos como desconocidos ella y yo. Teníamos el suficiente dominio para no incurrir en ligerezas impropias de nuestra diferente posición social, por lo menos en el papel que ella desempeñaba. De hablar a solas, rara vez teníamos ocasión y eso ciertos momentos. Aquellos días se deslizaban serenos, pero con la sombra de una inquietud oculta, que a ella le debía alcanzar, seguramente, más que a mí. Su mirada no era del todo clara y transparente. Había en ella un no sé qué de reserva que procuraba desvanecer con su dulce sonrisa. Con un pretexto o con otro, siempre se quedaba en casa cuando

Leda y yo salíamos de paseo, sobre todo por la playa.

Muchas horas pasaba cosiendo fuera de casa, al pie de la araucaria; en los días serenos y apacibles, y algunas veces Zante se echaba junto a ella, como si fuera de la familia. Su hijo Esteban había pasado un mes en casa de la amiga en donde ella se había hospedado para acompañar a un niño convaleciente de una grave enfermedad; pero desde hace unos cuantos días está en casa, muy contento de volver al lado de su madre, que se miraba en él como en las niñas de sus ojos. En aquel hijo había reconcentrado toda su vida. Alguna vez sorprendí en sus ojos algunas lágrimas cuando lo contemplaba a su lado jugando solo tranquilamente. Amargos recuerdos la torturarían seguramente. Yo ya había visto que aquella situación no podía durar ni que-

ría yo que durara. Era preciso que imperara siempre la verdad. Me parecía que Leda, la sirvienta y hasta Zante me echaban en cara lo que ocultábamos para disfrutar indebidamente de nosotros mismos. Imposible soportar esto.

Así es que le escribí una carta en la que le decía que el casamiento de Leda se había fijado para cuatro meses después, y que el nuestro se realizaría un mes más tarde, a lo sumo, porque me pesaban como plomo los días pasados en la presente situación. La contestación fué muy corta: «Piénsalo, piénsalo bien. Yo lo pensaré. Me da horror un arrepentimiento.» Y siguieron los días monótonos, todos grises e insustanciales, pero siempre plácidos y serenos, sobre todo aquellas tardes dulces bajo el toldo de la terraza, frente al mar encendido por las maravillosas puestas de sol que extasiaban los ojos de profunda admiración

XII

¡C ON cuanto regocijo empiezo a escribir estos renglones! No es cosa del otro mundo, pero para mí es una grande y agradable sorpresa. ¡Leda poetisa! O aunque no sea más que ¡Leda haciendo versos! Me basta para que me llene de alegría y de satisfacción, que esos versos puedan pasar, que digan algo, que revelen, en cierto modo, algo de su sentir, de su manera de expresar los sentimientos, porque hay que advertir que yo no he encon-

trado más que cantares entre sus papeles, que, por pura casualidad, cayeron en mis manos. Posible es, y hasta muy probable, que haya hecho también algo en otros géneros más propios para hablar de sí misma de un modo directo y plenamente. Por mucho que quiera ocultarlo, al fin me lo dirá, porque su carácter es, en estas cosas, más serio que de costumbre. Ella no sabe nada de mi indiscreción. Y yo copio algunos de sus cantares para, cuando pase el tiempo, alegrarme con ellos, como hoy me alegra su canto y su hablar dulce y animado, y sus risas, y sus revoloteos en el jardín, entre flores y mariposas. Ellos me la harán ver así cuando el destino la aleje de esta casa.

*Quisiera ser tu aliento
Y tu pupila,
Para llegar al fondo
De tu alma misma.*

*Aquel sí que tu me diste
Estremecida de amor,
Lo guardo dentro del alma
Mientras lata el corazón.*

*Si en tu libro de misa
Hay una flor,
Es el recuerdo santo
De nuestro amor.*

*Cuando te ví tan hermosa
Una mañana de Abril,
Supe entonces que tú eras
Toda la luz para mí.*

*La blanca espuma en la playa
Vierte este mar que yo adoro,
Y el amor vertió en mi alma
Toda el alma de mi novio.*

*El pañuelo que me diste
Tan blanco y oliendo a tí,
Lo guardo para sudario;
Me es dulce con él morir.*

*Marinero que al mar vas
Y aquí la dejas llorando,
Ella muere de tristeza,
Y tú navegas cantando.*

*En este mar de la vida
Mi barca junté a la tuya,
Vino una ola muy negra
Y abrió para ti una tumba.*

*Sin tí no quiero ser rey,
Ni el mayor genio entre mil,
Y de este orbe infinito
No quiero ser Dios sin tí.*

*Cuando reces el rosario,
En lugar del padre nuestro,
Dime con toda el alma:
¡Te quiero, mi bien, te quiero!*

*Cuando yo muera, mi alma
Te irá triste a visitar,
Y cuanto te hice sufrir
Me lo has de perdonar.*

*Yo adoro esta playa mía,
Su espuma y su blanda arena,
¡Cuan hermosa es de mañana!
¡Y, al atardecer, que bella!*

*Para que sepas niña,
Cuanto te quiero,
Si tardo mucho en verte
Enfermo y muero.*

*Quisiera ser los latidos
De tu ardiente corazón,
Y ser en tus labios rojos
Tu primer beso de amor.*

¡Quién había de pensar que en aquella mariposilla que revoloteaba en el jardín cantando, anidaran ya estas delicadezas del sentir en formas tan vivas y agradables! ¡Afortunada tú que sabes decir cositas tan lindas! Yo no sé como juzgarán estos cantares los entendidos. De mí sólo sé decir que los tengo por trocitos de sentimiento, trocitos de alma, que

hieren las fibras de la mía, y me siento participe de su acento conmovedor. Sobre todo, a mí me gustan y basta. Por eso van en este diario esos que he escogido para mi alegría y para que vayan conmigo, como ella iba de mi mano por la playa pisando las huellas de los caminantes. Ahora la siento más envuelta en luz, más plenamente diáfana, de delicadezas exquisitas, que la enaltecen para que yo me mire en ella como el regocijo y el consuelo de mis días. Esos cantarcitos que salen de tu estro, como lindos camafeos de las manos del artista, son para mí tú misma que vas y vienes por la dulce región de los ensueños.

«Yo adoro esta playa mía,
Su espuma y su blanda arena
¡Cuan hermosa es de mañana!
¡Y, al atardecer, qué bella!»
Oh, sí, como yo la quiere y de

ella está lleno su corazón. ¡Y yo que creía que, ya mujer, como todas, su pasión fueran las telas, los lazos, las cintas, el lindo zapatito, la fina y brillante media, el sombrero a la dernière, es decir, la tirana moda! Y yo temía que fuera esta playa para ella un destierro duro, llevado sólo con resignación. No, no se parece a esas señoritas muñecas, vacías por completo, que no son más que espejo, paseos, teatros alegres, novios elegantes, murmuraciones, y cuchicheos y sonrisitas sobre asuntos pecaminosos. Poned a una de estas «adorno y encanto de nuestra sociedad», aquí, en esta playa, sola, sin paseos, ni donde lucir sus monerías, y se morirá de tedio, y pedirá a gritos que la saquen de esta soledad y de este insoportable aburrimiento. Las cosas bellas de la naturaleza son manjar demasia-

do refinado para su gusto vulgar y plebeyo. Su corazón está lleno de bibelots de muñeca. Así son solteras, así serán casadas. Hembras de placer y hembras paridoras. Mujeres civilizadas, jamás. Por fortuna, cada día aumentan las excepciones. Leda no se ha cansado nunca de esta playa.

Yo no sé si ella debe de notar algo desusado en mis miradas, pero la verdad es que yo ya no la miro como antes. Lo que añado, yo no lo sé a punto fijo. Es algo así como si le dijera: «De nada te vale ese sigilo tuyo. Yo ya sé tu secreto. Sigue con ese otro canto que sale de tu alma y llena la mía.» Luego, otras miradas, otros pensamientos, otras ansias, me empujan hacia otra realidad que llena mi corazón, hoy más que nunca. ¿Soy ya feliz? ¿Me queda algo más que buscar? Sí y no. A Leda se la lle-

van, y muy lejos, por conveniencias de su prometido. ¡Qué vacío tan grande va a dejar en mi alma la ausencia de esta hermana tan querida! Me moriría de tristeza si no me sostuviera ese otro gran amor de mi vida, esa plenitud de mi ser que es la razón de mi existencia. ¿Qué sería el vivir sin los dos? Ni pensarlo quiero.

Allá al caer de la tarde, entró en mi casa mi buen curita, siempre inquieto y decidor. Contóme que el opulento diputado, esa ave de rapiña de dinero y de mujeres, había triunfado en las últimas elecciones por una inmensa mayoría. Pero él era liberal y democrata de los de Sagasta, el gran médico del tiempo, su gran panacea política universal. A mi pariente poco le importaban estas y otras panaceas políticas. El iba al negocio, nada más. Según me dijo el señor cura, daba por seguro

que, esta vez, sería nombrado gobernador de una provincia, en pago de sus grandes servicios y de sus reconocidas aptitudes. ¡Quién lo vería con su sombrero de pico, su fajín y su bastón con borlas y su cabezota muy alta! Si las cosas seguían pintando bien, podía apostarse a que llegaría a ministro de Ultramar, que por ahí comienzan todos, sirvan o no sirvan. Las niñas y su mamá, hija de una guanterera muy bien parecida, no saludan ya más que a las nobles y gente muy empingorotada. Las llaman las embajadoras, porque a cada instante, saca la mamá a un tío suyo muy atrasado que fué embajador del Paraguay y muy amigo de Isabel II. ¡Qué honor para la familia! Una de estas noches le darán a su esposo una gran serenata por su ruidoso triunfo electoral.

Luego sacó el curita un periódico-

co y me leyó lo siguiente: Habana 23.—En la noche del domingo fué encontrado en el camino de Ruíz un hombre muerto, como de treinta años, al parecer obrero, presentando varias heridas en el pecho y brazos. Se ha averiguado que es casado en esta capital, y llamado Antonio Guerra Robaina. Y se añade que el criminal, honrado trabajador, de nombre Luis Sotero, vino expresamente a esta ciudad para vengar a su hermana, engañada por la víctima. La policía, con su actividad y buen olfato, dió con el culpable dos días después de realizado el crimen.» Había para quedar pensativo después de esta lacónica noticia, tan indiferente para el reporter y tan emocionante para nosotros. ¡Tres víctimas! ¡Tres criaturas humanas sacrificadas por una sociedad hipócrita y cruel que, con tal de que nadie lo sepa,

teoría tartufiana, hace lo mismo que lo que persigue en los demás casos con tanta saña! Cárceles, presidios, afrenta, aislamiento social, dolor sin consuelo! Fse es el triunfo de esa sociedad que debiera ser castigada por una mano justiciera e implacable. Lo que se temía llegó. La fatalidad lanzó su dardo frío e inaplazable. La vindicta pública estaba satisfecha. El orden quedaba restablecido. ¡Looor al derecho escrito por los hombres! El curita ponía algunos reparos suaves a mis opiniones, pero, en el fondo estábamos de acuerdo: ¡completamente torcido el camino de la justicia curialesca y de códigos llenos de vanidad y de espíritu de venganza!

XIII

Yo no sé como empezar ni qué decir. Me he quedado solo, completamente solo. ¡Sin ella, sin ella, y para siempre! ¡Y sin mi Leda, ya casada y viviendo lejos! ¿Qué hacer ahora de mi vida? ¿Cómo he de vivir aquí sin ellas, en esta casa vacía y silenciosa, antes risueña y regocijada? ¿Qué haré yo todos los días en esta soledad y en este vacío? ¡La playa! ¡Ah, la playa sin ellas está ya muda y sin luz! Ya no me dicen nada sus olas, ni su espuma, ni su

arena, ni su brisa salobre, ni el vuelo de sus gaviotas, ni las velas henchidas de sus barcas pesadoras. Todo calló ya para mí. Hasta han callado mis libros, tan hermosos y tan profundos. Todos son ahora iguales, todos me hastían. Zante recorre toda la casa en busca de Leda y no la encuentra. Yo hago lo mismo instintivamente y no las encuentro tampoco. Salgo fuera, miro al campo, miro a la playa, miro al caserío, todo vacío, mudo y desierto. No están. Y yo estoy sin ellas estar. ¿Cómo es posible? ¿Pero a donde podré yo ir? ¿A quien quiero ya ver? ¿Quién desea verme a mí? Ah! yo lo venceré todo y me iré con Leda. Es su sueño.

En tus versos de despedida me dejaste un buen trozo de tu alma sensible y generosa que hiere la mía como una voz celestial. Yo los leo y los releo, y me hacen latir

más fuerte el corazón. Y cuando ya pude emprender de nuevo la continuación de este diario, he querido que fueran en él, como han ido tus cantares, para alegría y consuelo mío. Ahí va esa sencilla y tierna despedida tuya, tal como salió de tu alma y de tu pluma.

*Adios mi Luis y mi playa
A quienes yo quiero tanto.
¡Qué tristeza siente ahora
Mi corazón al dejaros!*

*Por muy lejos que me lleve
El destino al separarnos,
Siempre os verá el alma mía
Puros, límpidos y claros.
¡Qué triste vas a estar tú
Sin mi sonrisa y mi canto!
¡Qué solo vas a estar tú
Entre ese mar y ese campo!
¿No habra ahí una mano*

(amiga

*Que enjague tu oculto llanto?
Porque, al fin, tú llorarás
Pobre y triste solitario.*

*¡Qué dulce es creer en Dios
y hallar su consuelo santo!
Dobla ante El tu rodilla,
Que es honra adorar tan alto.*

La boda se verificó en la iglesia de S. Agustín, en la humilde iglesia del púlpito blanco y dorado y de nuestro curita sabio. Muy poca gente. Madrina, madre del novio. Yo, el padrino. El refresco, en casa, abundante y escogido. Y, por último, la partida, la triste y emocionante partida ¡Cómo la estreché contra mi corazón! ¡Qué acongojados sollozos los suyos! Al fin, la arrancaron de mis brazos, y desapareció., Poco después ya estaban lejos. Yo la perdía, pero ella era feliz. Y eso me daba valor para sobrellevar aquella ausencia. Ya no era de mi casa y de la suya. Ya era de otra casa, que tanto había de amar también. ¡Yo convertido en un extraño! Me acongojaba esta idea. Pero aun

me quedaba mi gran esperanza, aun estaba aquí el sueño de toda mi vida, la plenitud de mi ser y el fin de mis ansias y de mis desvelos. Si no ¿qué hubiera sido de mí después de la partida de Leda? Esa gran esperanza era toda mi fuerza, todo el sostén de mi vida.

Porque se habla de ser fuerte en la desgracia, de ser hombre, de un estoicismo invulnerable, de una entereza de héroe. Y yo pregunto: ¿Vale la pena lo que queda para hacer gala de esas enterezas heróicas y de esos estoicismos viriles? No, no vale la pena. ¡Ser fuerte ante la desgracia! ¿Para qué? ¿Para seguir viviendo esta mezquina vida de rebaño diseminado? Oh! no. Vale más partir. No quiero ser hombre ni quiero ser héroe ante un gran dolor. Prefiero despreciarlos, marchándome. Ni el dolor, ni ese heroísmo, ni la vida que queda, valen la pe-

na de convertirnos en atletas, en semidioses, para nada, para continuar aquí estando a merced de la maldad humana y de la fatalidad de las leyes naturales. Ni otra vida semejante a esta, ni cielos, ni glorias, de una puerilidad insostenible. La inconsciencia, el nirvana, el grande y heróico Buda. Todo lo que sea repetir esta dolorosa y risible comedia humana, o una vida eternamente contemplativa, son despreciables. La verdadera fortaleza, el verdadero heroísmo está en esto: ¡Nada!

Parece que todo ser finito debe ser egoista, para sí y por sí, y, por consiguiente, lo que más ama es su existencia, su yo, su personalidad. Por eso nos da tanto horror pensar que la hemos de perder. Pero tratándose de un ser infinito, de un Dios, que debe estar por encima de todo egoismo, que es limitación, no sé como no prefie-

re no ser a ser. ¿Pues que gana siendo? ¿Crear el juguete de un universo? Cosa tan pequeña para él, no puede darle gloria ni provecho. Es como si estuviese solo. ¿Y para qué ha de vivir. Como infinito no puede tener un fin trascendente. Todo ha de quedar siempre en sí mismo, cree o no cree. ¿Y para que le sirve todo lo que quede en sí? Inútil lo que en él esté, inútiles todos los juguetes que cree. Todo dentro y todo juguete. Perdona. hermanita mía, tú tan religiosa, y, a veces, un poquitín mística, Dios debiera preferir no ser, anularse, nirvanearse, valiendo tan poco todos los juguetes-universos que pueda crear, comparados con su omnipotencia, y valiendo tan poco un ser en sí mismo, solitario e inútil por dentro y por fuera, si hubiera fuera.

Es que tengo el alma rota, el corazón hecho pedazos. Todo es

sombrío y negro para mí. Mi pensamiento, asaeteado por el dolor se hunde en lo más hondo de las negruras universales, en donde pueda encontrar algo que le cierre esta herida o que se la abra más hasta desgarrar todas mis carnes. ¡Qué rápida pasaste ante mi encantadora realidad de mi divina ilusión! El amor es la única razón de este mundo, es lo único que puede hacerlo pasar a los ojos de un verdadero pensador. Tú misma no te quisiste perdonar. ¡Qué cruel y dura fuiste contigo misma! ¡Y me dejaste solo! Esta casa que fué casi toda mi alegría, toda no, porque tú no estabas, la has convertido en algo así como un nicho de cementerio. Me ahogo, me asfixio. Zante me mira, me mira, sin explicarse bien lo que me pasa. Pero él no está solo todavía, porque si lo estuviera, yo no sé lo que haría. Me quedan, es verdad,

dos frozos de vuestras almas: tu carta y los versos de Leda. No, no se separarán nunca de mí. Ellos darán un poco de luz a los negros días que me esperan. Pero hay un puente que, hoy más que nunca quisiera pasar. Leda, Leda, tú pesas mucho aún en la balanza. Con los codos sobre la mesa y la cabeza entre mis manos paso horas enteras pensando en cosas sombrías más amargas que la hiel.

Solos ya los dos le expresé mi deseo de casarnos muy pronto porque era imposible prolongar nuestra situación, ahora algo agravada con la partida de Leda. Aunque con un poco de reserva, cuyas causas creía conocer, aprobó mi pensamiento. De pocos momentos disponíamos para comunicarnos, ella en el arreglo de la casa y yo en mi despacho o en la terraza bajo el toldo listado de azul, siempre acompañado de Zan-

te. Eran para mí como sueños aquellos días pasados con el alma cerrada y el corazón oprimido. Ella pasaba siempre ante mí como una visión. Muchas veces creí que no era una realidad, que, sin pensarlo, había de desvanecerse para siempre. ¿Cómo había venido? ¿Por qué estaba a mi lado? ¿Era ella misma o una creación de mi fantasía? ¿Aquella situación suya en mi casa no tenía algo de cuento fantástico? ¡Ah, qué realidades al parecer tan irreales tiene la vida! Nuestras manos palpan cosas que parecen sueños o sueños que parecen cosas. En ciertos momentos no sabe uno si uno mismo no es algo imaginado por algún genio maléfico y burlón. ¿Soy yo? ¿Soy algo?

¿Soy yo quien realmente pienso o es otro el que piensa en mí?

Si es otro, entonces ese mí ¿qué es? Viajaba yo en tren. De pron-

to, como una ráfaga, pierdo el conocimiento. Al despertar, tuve la convicción profunda de que aquello no me había pasado a mí sino al viajero que estaba a mi lado. Y yo me dije: seguramente no sabe él que yo estoy bien enterado de lo que le pasa. Mi creencia no podía ser más firme. Sólo al cabo de algún tiempo, y de pronto, surgió en mí la convicción de que fui yo quien perdió el conocimiento. Y me llené de temor.

Días más inquietos y de menos realidad, no los pasé nunca. En ninguna parte estaba bien. Iba y venía, salía y entraba, escribía, leía, meditaba, ordenaba una cosa, luego otra, sin saber a punto fijo que era lo que quería. Pero como era preciso, arreglaba mis asuntos para cuando llegara aquel momento, no tuviera nada importante en que pensar. Era el término de una vida para entrar

en otra nueva inesperada. Y al fin tendría un hogar. ¡Y qué hogar! La ilusión de toda mi vida, una esperanza sin esperanza, que iba a trocarse en realidad, en una realidad, ¡ay! desgraciada, roto ese pedazo más dulce y encantador, con la sombra de una fatalidad desgarradora. Pero este gran amor mío está por encima de las sombras y de las fatalidades. Su luz penetra hasta en lo más hondo de las cosas negras. Lo vivifica, lo ennoblece y lo salva todo.

¡Oh, aquel día se quedó en mi alma hundido como un puñal envenenado! El terror y la desesperación me clavetearon el corazón como con punzones ardientes. El dolor hizo de mí un despojo irredimible. ¡La perdí para siempre! ¡Prefirió el silencio y la serenidad de la muerte! ¡Le fué de todo punto imposible vivir a mi lado impura! ¡Oh, si tú hubieras sabi-

do cuán pura eras ya para mí! Si hubieras adivinado la inmensidad de este amor mío que supera toda convención humana y borra y desvanéce toda huella de infames seres insignificantes, hubieras levantado tu cabeza ante mí y yo la mía ante todos. Dos veces te ha matado el mundo frío e implacable. ¡Cuán serena y firme fuiste a la muerte! ¡Y cuán solitario y dolorido me dejaste! No sé, no sé, que va a ser de mí. Todo es negrura a mí alrededor.

Fué el día antes de nuestras amonestaciones. Salió al amanecer para oír misa. Y no volvió. Nadie la vió más. El mar ha guardado su presa. El silencio más absoluto la rodea. En su habitación dejó para mí una carta. Ahí va en memoria suya y para consuelo mío:

«Ya ves, no puede ser. Es imposible. ¡Y después de leer tu dia-

rio! Vuelvo a caer ante tí de rodillas. ¡Perdón! ¡Qué alma tan grande, tan noble y tan arrebatada de pasión la tuya! Yo no soñé nunca, hasta hace muy poco, un amor así. ¿Cómo vivir a tu lado una infeliz como yo? Todos los días enrojecería de vergüenza. Pediría a todos los instantes que se hundiera la tierra a mis pies. Comparada con este martirio es suave la muerte. Y yo voy derecha a la muerte en ese mar que tú tanto quieres, allá en aquel rincón apartado del marisco en donde el agua es tan profunda. Fija allí tus ojos. En el fondo estoy yo. ¡Ah, quien hubiera podido entonces asomarse a tu alma! Pero no importa, te dejo algo muy mío, el único afán de mis días: mi hijo. ¡Mi hijo! ¡No verlo ya más, nunca más! ¿Comprendes esto? ¿Es posible esto? Valor, valor. Tú serás su padre. Tú lo harás un hombre. Tú harás

que no me olvide, que bendiga mi nombre. Adios. No tengo valor para más. Adios y... perdón.»

Y calló para siempre su voz. Miré a todos lados, la soledad, el vacío. Miré dentro de mí: la tortura, la desesperación. ¿Pero esto es de veras así? Más sueño me parece ahora todo. El jardín sin Leda. Yo sin ella. ¿Cómo es que el jardín está todavía ahí? ¿Cómo es que yo vivo? No, nada es verdad. No hay más que sombras, no hay más que sueños, no hay más que dolor, no hay más que crueldad, no hay más que desamparo, desprecio y burla. Y todo esto aquí, entre cielo y tierra, más callados que el silencio del silencio. Oh! tú Leda, tú me has de dar la mano. Yo no tengo fuerza para quedarme. Ven en mi ayuda. Y mientras mi pensamiento tiembla de emoción, Zante levanta de vez en cuando la cabeza, y

me mira, me mira con verdadera expresión de tristeza. No está su Leda, y a mí no me falta más que llorar. No quiero estoicismo.



XIV

Sí, fué un gran consuelo la visita de mi buen curita sabio. Se lo conté todo, todo, desde aquella visita inolvidable con su flor roja en el pecho, su voz melodiosa y su risa fresca, llena de encanto. Dijo que nada le sorprende ya en el mundo, aunque no es viejo. El corazón humano es siempre el mismo. ¡Vaya, vaya! Pero en estos grandes dolores humanos ¿quién se libra de la creencia en Dios, de sus altos designios, de su justicia y de su mise-

ricordia? Es preciso bajar la cabeza y aceptar las duras pruebas de esta vida. ¡Pruebas! ¡Pruebas de esta vida! ¿Y para qué? Para gozar de la inactividad y de la contemplación eternamente infecunda, aunque sea celestial? ¿Y quienes son esos inventores de novelas para acordar que no hay más que esta cortísima y mezquina vida terrestre y la eterna y pueril del infierno o de la gloria? ¡Sólo esta insignificante vida terrestre en un universo infinito, o al menos inmenso! ¡Una vida que, ni siquiera da tiempo para tener experiencia! Si en realidad no hay más que esta despreciable vida, lo deseable es que concluyamos en nuestro aniquilamiento total. Es tan relámpago que nadie puede tener derecho a imponernos una sanción. Eso sería una repugnante tiranía. ¡Pruebas! No, no, mi señor cura, eso es infantil,

eso es de pueblo resignado, sometido, domado, despersonalizado, eso es de un pueblo de eunucos despreciables. ¡Vaya, vaya! Cosas de don Luis. Y no se incomodaba mi buen curita sabio. Pero yo hallé un gran consuelo con esta confesión sincera de este amor mío tan cruelmente desgarrado. Cayó en mi alma aquel consuelo como un bálsamo suave. Oh! las religiones consuelan porque prometen ayuda, amparo, protección, contra las fatalidades del universo mismo. ¡Pero, qué triste! ¡El consuelo no es la verdad! El desamparo es universal.

Lo que hay es que se necesita ser realmente sereno y fuerte para soportar con la cabeza levantada y el gesto severo los desgarros más profundos del dolor. Pero la vida no vale la pena de ese esfuerzo!

¡Cuántas veces he visitado aquel

siníestro lugar! Sentado en una roca, al borde mismo del mar, allí tan profundo, he pasado horas enteras con el pensamiento fijo en mi pobre muerta, y vienen a mi memoria sus palabras: «Ya ves, no puede ser.» No, no puede ser. ¡Pero cuantas cosas son que no pueden ser! ¡Y cuántas cosas pueden ser y no son! Tranquilo está allí el mar. Se desliza en las oquedades de la roca murmurando con mimo, en ligeras ondas transparentes, en el azul de las tranquilas aguas. Todo en paz, todo quietud, todo serenidad. Me atraía aquella transparencia y aquella profundidad. Yo veía en lo más hondo una luz, una dulce claridad, y como una mano blanca que me llama, me llama... No podían pasar muchos días sin sentarme en una de aquellas rocas amarillentas para llenarme el alma de toda ella, y ser sólo ya la

conciencia de su esbeltez y de su belleza. No se apagaba nunca aquella sed de su recuerdo, aquella ansia de acercarme más y más a ella, aquel impulso de unirme, de identificarme, de fundirme en la esencia de su ser, que me parece ser eterno.

Ahora sí que soy el «pobre y triste solitario.» Y también, al fin, he llorado, aunque lo más oculta y calladamente que he podido. Pocas lágrimas, pero ¡que congoja tan profunda! Ya no vives más que en mi mente y en mi corazón! ¡Mi Nélide! Cuando pienso que estás hundida en la profundidad del mar, siendo tu cuerpo tan bello, pasto de la voracidad de ese monstruo llamado pulpo, con su formidable pico de cotorra y sus tentáculos estranguladores; de esa correa viva y venenosa llamada morena; de esos enormes cangrejos con terribles tenazas; de la

chata y rastrera raya y de la voracidad de tantas vidas ocultas, me lleno de tal modo de terror, que quisiera, no sólo salir huyendo de este mundo, sino del universo entero y refugiarme en otro infinito después de este infinito. Esa horrible visión me paraliza hasta el pensamiento. Y luego, sin saber cómo ni por qué, una voz queda me dice: «Y tú irás también allí.» Un escalofrío profundo recorrió mi cuerpo e hice los mayores esfuerzos por apartar de mi mente aquella imagen aterradoradora. ¡Y era tú hermoso cuerpo el que tenía que sufrir tales horrores!

Pero después de algunos instantes de meditación pensé: ¿Acaso no son más repugnantes la tierra y los nichos, y las cajas negras de los cementerios, todo repleto de inmundos gusanos e invadido por asquerosos insectos?

Ah! sí, mil veces el agua limpia y transparente; los mil seres vivos, libres en toda la extensión de las aguas, entre algunas formas monstruosas, muchas ágiles y bellas, como flores en el fondo del mar; y, luego, anulada la corrupción, la horrible corrupción. Ya sé yo, que, para el sabio, en el fondo no hay tal corrupción, sino combinaciones químicas de la sustancia orgánica desprovista ya de vida. Las impresiones de la vista y del olfato no cambian el fenómeno. Toda combinación química es limpia, porque la naturaleza no conoce la suciedad, que es sólo producto del tono de nuestras sensaciones. ¿Qué tiene que ver la sensación de la luz con la vibración del éter, que la produce? No, no hay corrupción. Es una imagen ilusoria de la especial naturaleza de nuestros sentidos, amantes de una fantasmagoría

que nos oculta el fondo real de las cosas.

Sí, todo eso es cierto, cierto; pero tu cuerpo, tu cuerpo tan hermoso y tan querido, está desgarrado, despedazado, convertido en cosas, en cosas mezquinas y despreciables. Y no me dejaban estos pensamientos lúgubres, macabros, ensombreciendo las horas que no acababan nunca de pasar para mi espíritu atormentado. Momentos hubo en que creí perder la razón. Al fin, pasó esta tremenda crisis, y sentí como una calma dulce que me llenaba toda el alma, lo mismo que si todas aquellas cosas negras no hubieran nunca existido. Y esto, volviendo sobre mí mismo, no pudo menos de avergonzarme. Pero una mañana, como si surgiera de la nada, saltó en mí la idea del suicidio. No, yo tampoco podía ya vivir. Leda se alejaba, se aleja-

ba, en mi horizonte espiritual, y todo estaba desierto para mí. La vida cruel nos separó. La muerte nos había de unir. Esta si que sería paz, una paz inacabable, siempre paz, eternamente paz. En otros momentos desfallecía, la imagen de Leda se acercaba a mí y me infundía fuerzas para continuar esta lucha sin aliciente y sin finalidad. Volvían las cosas a tener un sentido, a relacionarse unas con otras según sus cualidades y sus aplicaciones, a estar en su sitio, y yo en el mío, en medio de ellas. Respiraba con todas las fuerzas de mis pulmones. Vivía realmente. Pero ¡ay! duraba poco este retorno a la salud (¿la salud?), y mi impulso al suicidio volvía tenaz y con más fuerza haciendo que la imagen de Leda se alejara cada vez más y yo fuera cada vez más su pobre y triste solitario.

Tenía yo sueños horribles. Unas veces, era un enorme tiburón que me trituraba la cabeza entre sus dos o tres filas de dientes triangulares afilados como lancetas. Y esto en mi propio despacho, el terrible escualo en el aire y yo tendido sobre mi mesa. Otras veces, me veía en el fondo del mar rodeado de una muchedumbre de peces luminosos que me arrancaban pedazos de carne, y luego se reían a carcajadas, pronunciando por intervalos nuestros dos nombres: ¡Luis! ¡Neli! y concluyendo por llenarme la boca de pedazos de mi propia carne. En ocasiones, era una corriente submarina que me arrastraba envuelto en una claridad verdosa y me hacía pasar por interminables cavernas llenas de cadáveres de mujeres, que agitaban las manos llamándome. Estas horribles pesadillas me dejaban desfallecido; pero, al fin, pa-

saron. Pasaron, pero aquella idea tenaz, absorbente, dominadora del suicidio no me dejaba. A veces, palidecía, pero volvía a resurgir pronto más tenaz y más intensa. ¡Qué angustia entonces! ¡Qué angustia ahora! Entonces y ahora no había ni hay salvación para mí (¿salvación?). La vida ya me es insoportable, me es imposible. Es preciso prepararse para morir. La muerte está ya cerca de mí. ¿Qué hará después de nosotros esa fría y descarnada muerte? ¿A donde nos llevará?

Adios, examigos, superficiales, falsos puros, tartufianos, que con tal que la mancha esté oculta, alzais la cabeza como santos impecables, que hacéis de la vida una maquina de hacer monedas, empleos y carreras, que tenéis el cerebro lleno de vulgaridades. Adios, vivir monótono, a veces, regocijado y alentador, sobre to-

do, para los que viven en las excelsas alturas ideales, y casi siempre dolorido y desgarrador para las almas puras y delicadas. Adios, casa risueña, blanca y azul, para nosotros animada y viva, con tu terraza fresca y tu jardín encantado. Adios, mi playa, nuestra playa, siempre de fiesta con tu blando oleaje y tu espuma blanca, tu brisa fresca y salobre y tus maravillosas puestas de sol, tus barcas pescadoras y la vela hinchada que se desliza rápida sobre tu mar siempre azul. Mis ojos se van llenos de luz y mis oídos llenos de tus rumores. Adios, mi cariñoso Zante, nuestro mejor y más fiel amigo; alegre con nuestras alegrías y triste con nuestras tristezas. Y tú, mi hermana querida, mi Leda incomparable, adios. Ya no veré más tu sonrisa que llegaba a mi alma como una luz celeste, ni oiré tu canto argentino que

era como un collar de tus sonrisas, ni leeré tus sentidos y delicados cantares, pedacitos de tu alma, ni te veré tan ufana con el hombre a quien adoras. Tu pobre y triste solitario se va para siempre. Ya sabrás después que me es imposible vivir. Te dejo en mi diario mi alma toda. Guárdalo, bé-salo y estréchalo contra tu corazón. Soy yo mismo.

— FIN —